

MIS RECUERDOS

Al trazar estas líneas, no me guía la pretensión de historiador, ni mucho menos el lucro personal: sólo deseo dejar un recuerdo a mis hijos y a los cubanos amantes de la grandeza de aquellos que se sacrificaron por el noble ideal de la independencia de mi patria. Este pequeño libro, exento por completo de literatura, de párrafos brillantes, quizás muy deficiente gramaticalmente, contiene "mis recuerdos" de la Emigración, basados en hechos de que nunca se ocuparon los que escribieron acerca de los cubanos emigrados.

Cada vez que ha caído en mis manos uno de esos escritos, he notado la omisión, en ellos, de muy importantes detalles; siempre he leído hechos aislados y a veces mixtificados, por haber los escritores tomado sus informes de personas poco conocedoras de los acontecimientos de aquella época, relacionados con la llegada a esta de los primeros emigrados, el año 1869.

Para poder hablar de la Emigración cubana de Cayo Hueso y de su historia revolucionaria, hay que empezar por aquellos cubanos que por el año 1851 invadieron la Isla con Narciso López, para arrojar de ella al Gobierno de España; cubanos que no se mencionan y que al arribar al Cayo los emigrados de 1869, ya se encontraban aquí y tan pronto se organizaron expediciones se alistaron en ellas.

Uno de los que más datos históricos ha aportado sobre la Emigración cubana de Cayo Hueso, es el Sr. Carlos Ayala, antiguo emigrado. También el Sr. Delofeu en su libro "Remembranzas," publicado en Tampa; pero el Sr. Delofeu tuvo que recoger esos datos de personas como el Sr. Francisco Milián, que fué uno de los primeros discípulos de "San Carlos."

MI PARTIDA DE CUBA

El 14 de junio de 1869, poco después del fallecimiento de mi padre, mi buena madre con cuatro de nosotros, tomaba un coche en la calle

del Águila para conducirnos al muelle de la Machina, desde donde, por medio de un "guadaño," fuimos trasladados a un vapor que en la bahía se encontraba anclado.

¡Qué impresión se apoderó de mí al encontrarme en aquella nave! ¿Por qué nos llevó nuestra madre a aquel lugar? ¡Cuántas ideas cruzaron por mi mente de niño! Mi madre nos decía: vamos al Cayo. Allá lejos, se divisaba el blanco caserío, como casitas de palomas, y en torno nuestro llamaban mi atención los barcos que ostentaban en sus mástiles banderas de diferentes colores.....

Llegó la tarde. La sirena del barco avisó que era hora de partir. Mi corazón se oprimía al pensar en mi hogar, que quizás no volviese a ver.

¡Oh, recuerdos tristes! Desearía tener la pluma de un Sanguily o de un Piñeyro, para verter en estas páginas todo el sentimiento que embarga mi alma cuando pienso que han transcurrido tantos años y no he podido vivir en la tierra bendita y tan querida, por la cual sufro y a la que tanto amo!

Al fin, el barco se puso en marcha deslizándose sobre las tranquilas aguas hasta desembocar por el Morro...

Y llega la noche y con ella el deseo del pasaje por arribar al Cayo. Fué una noche de angustias y zozobras, pues el barco que nos conducía era de maderá y muy viejo. Se llamaba "El Tapajano." Sus maderos crujían al embate de las olas. Hubo momentos en que creímos que iba a hundirse.

Al amanecer el bello día radiante de luz, el pasaje de aquel vetusto peregrino de la mar, que conducía a los fugitivos cubanos, se precipitaba a la cubierta exclamando: ¡El Cayo!

¡Qué gozo; qué alegría tan grande para todos! Yo también quería ver el Cayo. Allá a lo lejos lo distinguíamos como un puntito. Pasó más de una hora hasta que al fin ya lo distinguimos bien. Poco después pasamos frente al Fuerte Taylor desde donde divisamos el muelle en que atracaban los vapores que llegaban de Cuba y donde también atracaba un barco que conducía reses al cual pusieron los cubanos por nombre "La Vaca". Esta nave fué la que condujo a Cuba los restos mortales de Don Gonzalo Castañón.

¡Qué momentos tan felices para aquellos pobres cubanos que, cual otros puritanos del "May Flower," venían en busca de la tierra de

libertad, para cobijarse bajo las poderosas alas del Aguila del Nortel. En el muelle esperaba una muchedumbre que se hallaba en movimiento; que se empujaba queriendo cada cual tomar la delantera: eran cubanos emigrados que nos esperaban para darnos el abrazo de hermanos. Y al desembarcar nosotros cada uno quería llevarnos para su casa. Aquello era imponente, indescriptible. Recuerdo que un hombre me levantó en sus brazos mientras otro atendía a mi madre y a mis hermanitos. El primero era Manuel Laiz y el segundo Francisco Valdés Acosta, conocido por Pancho Sabroso, buen amigo que había sido de mi padre y uno de los 15 primeros emigrados que llegaron al Cayo en una goleta el 5 de mayo de 1869.

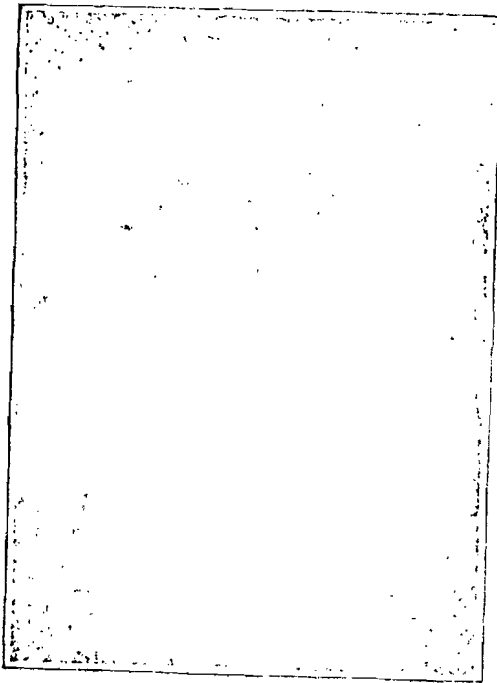
Los gritos de ¡Viva Cuba Libre! se sucedían sin interrupción. Pero todo aquello era incomprensible para mí. Fuimos a hospedarnos en casa de un tío político, que había sido expedicionario con Narciso López y que logró escapar cuando éste fué capturado.

En Cayo Hueso no se hablaba más que de la revolución; cada hogar cubano era un Centro de Conspiración: sólo se pensaba en redimir a la patria.

UN POCO DE HISTORIA

El 5 de mayo de 1869 salió del Cayo una expedición en el vapor "Salvador", al mando de Rafael de Quesada, cuyos componentes eran: Rafael Velazco, Catú (mejicano), José Medina, Agustín Santa Rosa, Boubiller (francés), Antonio Bello, Miguel Gandarán, Poncho, El Catalancito, Sabino Valdés, Evaristo Rodríguez, Juan Pomares, José Cabello, Narciso Castellanos, José Flores, Segundo (español), Antonio Hernández, Perico Cestero, Adolfo Chacón, Mr. Tinker (americano), Anastasio Bello, Miguel Zatarain, Matilde Castellano, Demetrio Gómez y Dionisio Palanqueta. Este último fué el que, en la memorable noche del combate en el teatro de Villanueva, durante una representación de los Caricatos Cubanos, dijo: "No tiene vergüenza, ni mucha ni poca, el que no diga conmigo ¡que viva la tierra que produce la caña!"

A fines del año 1869 se fundaron varios Clubs revolucionarios. El primero fué Asociación Cubana del Sur; más tarde Los Pares, La Juvenil y Club Patriótico Cubano, siendo Presidente de este último, Don Miguel de Cárdenas y Zayas; Secretario de Actas, Luís Cabalei-



Francisco V. Acosta (Pancho Sabroso) uno de los primeros emigrados, llegado al Cayo con Don Vicente Martínez Ybor

ro; Secretario Contador, José Dolores Poyo y Estenoz, y Comisión Recaudadora, Manuel Campos; Higinio Criado y Manuel Soría.

En 1870 se fundó la Sociedad Benéfica Patriótica, y otra con el nombre de Caja de Hierro, siendo sus recaudadores Martín Herrera y Juan Ma. Reyes.

En 1871 se fundó la Sociedad "Club", presidida por José Dolores Poyo y teniendo por Secretario a José Silverio Sánchez. Un poco después se constituyó la "Agencia Confidencial de la República", presidiéndola el Sr. Carlos Manuel de Céspedes. Su Tesorero fué Martín Herrera.

Cuando llegaron al Cayo los emigrados del año 1869, ya se encontraban en esta los siguiente emigrados: José García, Manuel Fariñas, José Hernández, conocido por Pepe Hernández, Tato Bello, José Bello, José Maseda, Felipe Moreno, José Pérez, conocido por Pipérez, Manuel Pérez, conocido por Flores, Jerónimo Pérez, un tal Poncho, José Patines, Clemente Castellanos, Felipe Sánchez y José Castellanos. Todos los cuales se unieron a los llegados aquí aquel año, para conspirar.

Cuando se habla o se escribe acerca de esta Emigración, casi nunca se mencionan los emigrados de antes del Grito de Yara, los que en su mayor parte, no podían volver a Cuba por haber tomado parte en la expedición de Narciso López el año 1851,

En el año 70 ya contaban los emigrados con un periódico: "El Republicano", fundado por Juan Ma. Reyes, director de "El Zurriagazo", periódico que se publicara anteriormente en Cuba, palpitando en sus páginas la rebeldía hacia el Gobierno de la Madre Patria. Reyes también colaboraba en "El Siglo" abogando siempre por la instrucción de la niñez cubana.

El mismo año se fundó un Club de recreo: el Ateneo, que fué instalado en los altos del almacén de víveres del Sr. Luis Someillán, sito en Duval y Front, donde tiene hoy sus oficinas El Primer Banco Nacional. En ese Club hicieron su debut como aficionados dramáticos, los señores José Dolores Poyo, José Valdés Fuentes, la Srita. Isabel Díaz, José Dolores Casuso, Tomás Grillo y José Silverio Rodríguez, que más tarde fué corresponsal de un periódico de la Habana, con el seudónimo de "El Quimbo Habanero".

También en el año 70, fué fundada por el entusiasta Belisario C.

de Mendoza, una Sociedad con el nombre de "Recreo Juvenil," de instrucción y recreo. El punto de reunión de la Sociedad era el "Muelle de los Amores", nombre que le dieron los cubanos por ser el lugar de reunión de la juventud. Estaba situado donde se encuentra hoy la Estación Naval, entrando por la calle Carolina. Tenía este Muelle mas de tres cuadras de largo, y allí iban los cubanos a recrearse, dirigiendo las miradas hacia el horizonte como queriendo descubrir allá a lo lejos la patria ausente.

El año 1870 fué de triste recordación para los emigrados cubanos. Digo triste por los acontecimientos graves que durante ese año se desarrollaron. Primero, por la llegada a Key West del nefando Don Gonzalo Castañón, que no me atrevo a calificar de valiente, ni de estúpido; quizás fué designado por algún ser invisible a fin de que sirviera más tarde de pretexto para que los voluntarios de la Habana, no teniendo valor para combatir al cubano en los campos de Cuba Libre, se entregaran a actos vandálicos, atropellando e insultando a infelices mujeres y asesinando a los ancianos al grito de: ¡Viva España con honra! como si la honra de la hidalga nación española, estuviese vinculada en aquellos miserables asesinatos, sin patria y sin honor, que más tarde, ébrios de sangre humana, cual feroces chacales, pidieron la cabeza de los inocentes estudiantes de medicina, alegando que éstos habían profanado la tumba del "intérrimo Don Gonzalo Castañón"!

En ese año también, azotó a Cayo Hueso un ciclón, desbordándose el mar por la parte Norte hasta la calle Fleming. Los voluntarios de la Habana, borrachos, celebraban el hundimiento del Cayo, las noticias que tenían eran de que Cayo Hueso desaparecía.

Entonces el Cayo era un hervidero; era lo que decían los voluntarios: un nido de alacranes. ¿Quién iba a creer que Castañón se atreviese a venir aquí? ¡El hombre que desde las columnas de "La Voz de Cuba" llamaba a los grandes de la patria bandoleros y a la mujer cubana prostituta! Fué un ignorante, sí; él no retornaría a Cuba con vida; no retornaría victorioso, eso no era posible mientras hubiese un cubano con dignidad. Tal me parece estar contemplando el trágico suceso de aquel memorable día. Sólo contaba yo 10 años; pero no se pudo borrar de mi memoria. Recuerdo que encontrándome en el portal de la botica del Dr. Ramos, esquina de la Calle de las Bande-

ras y Callejón de los Muertos, hoy Duval y Charles, me llamó la atención un correr de gente de aquí para allá y casi todos en dirección del Hotel Russell, que se llama hoy Hotel Jefferson.

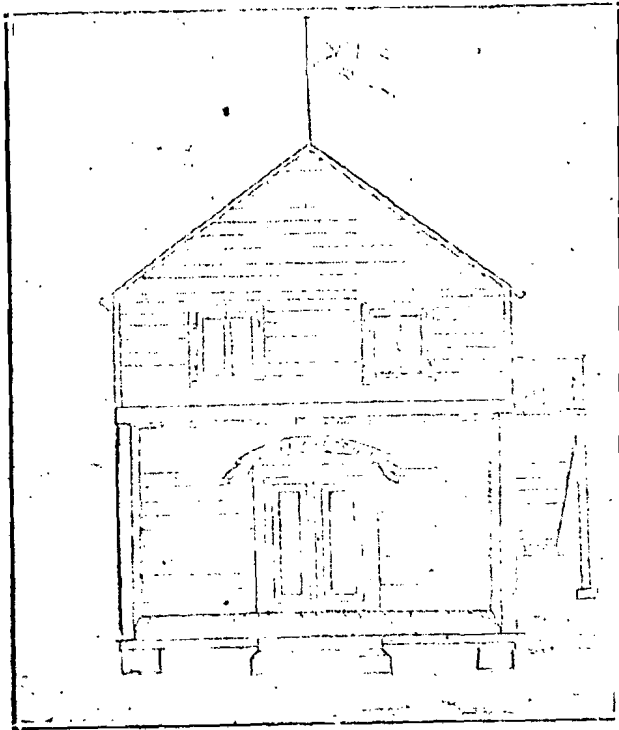
¿Qué ocurría? ¿Por qué aquel correr de las gentes? Todo para mí era inexplicable. Parecía que algo muy grave había acontecido. De repente los grupos volvían alborozados. Supe que habían matado a Castañón y que su matador era Mateo Orozco. A la hora del suceso todo era alegría, y en la esquina de la botica del Dr. Ramos instalaron un cañoncito y empezaron a hacer disparos. Se tomó cerveza en abundancia; se engalanaron los edificios etc., apareciendo vestido de gala también el establecimiento de víveres del Sr. Andrés Alpízar, opuesto a la botica del Dr. Ramos.

Más tarde, por la conversación de mis familiares, conocí los detalles de la tragedia. Ese mismo día embarcaron los restos mortales de Castañón con dirección a Cuba, en el vapor "La Vaca".

En 1871, los emigrados pensaron en algo más: creyeron que debían de tener un lugar donde pasar unas horas de solaz, y por iniciativa de Juan María Reyes, se reunieron varios individuos y acordaron formar un Club, contribuyendo cada asociado con la cantidad de \$2.50 al mes, nombrándose entonces una comisión para que se entrevistase con un abogado, a fin de llevar a cabo la obra, recayendo la comisión en el Sr. Juan María Reyes, por ser éste el más capacitado en aquellos asuntos. Se entrevistó con Mr. Patterson, abogado que había sido discípulo de don José de la Luz Caballero y poseedor de nuestro idioma. Mr. Patterson le manifestó que de la única manera que quedaba exento de pagar contribución como Club, era dedicando sus fondos para una obra benéfica, como por ejemplo, un colegio. Por lo que puede afirmarse que los colegios cubanos en Cayo Hueso nacieron en aquella ocasión, por iniciativa de Mr. Patterson.

El 11 de Noviembre de 1871 se inauguró el Club, con el nombre de "San Carlos", siendo su primer Presidente Luís Someillán y directivos los siguientes señores: Vice Presidente, Benito Alfonso; Secretario, J. M. Azpeitia; Tesorero, José Romero. Vocales: José Chacón; José Gonzalez Mendoza, Fernando de Armas; Ramón Perdomo; Eduardo Paredes; José de la Rosa; Lorenzo Muñoz. Inspectores escolares: Juan María Reyes y José Medina Naranjo.

San Carlos fué inaugurado con una función teatral, poniéndose



El Primer Edificio de San Carlos.—1871

en escena una piececita de costumbres cubanas, en la que tomaron parte los señores J. Silverio Rodríguez; Alejandro Perdomo; José Valdés Fuentes; José Dolores Casuso; Carlos Quesada y la señorita Isabel Díaz. La función terminó con canciones y guarachas, cantadas por los señores José Castellano; conocido por "Castellanito"; Ibraím Poyo y Estenoz; Francisco Valdés Acosta, conocido por Pancho el Sabroso; Silverio Rodríguez y Jacinto Valdés, alias Benjamín de las Flores, autor de la Guaracha "El Negro Bueno", que fué cantada la noche antes del combate del teatro de "Villanueva", donde los voluntarios protestaron diciendo que esos mambises habían ofendido a la Madre Patria.

Más tarde tomaron parte en el Cuadro de Aficionados, la señora Mariana Capote de Grillo; Mercedes Borrero; Panchita Parodi; Panchita Acosta; la "Chatica"; la señorita Panchita García y la señorita Juana Medina.

El primitivo edificio de "San Carlos", se encontraba en la calle de Ann, bautizada por los cubanos con el nombre de callejón de "San Carlos". En aquel lugar había existido antes una bolera y también una manufactura de tabaco, Seidmberg Cigar Co., de la que era Representante el Sr. Samuel Woolf y encargado general, Bernardino Díaz de la Rosa.

En aquel San Carlos se celebraron bazares y funciones, el producto de los cuales se destinaba al sostenimiento de las escuelas y de la revolución. Por aquel San Carlos pasaron las grandes figuras de la patria: Flor Crombet; Cisneros Betancourt; Francisco V. Aguilera; Bernabé de Varona (Bembeta); Manuel y Julio Sanguily; Leoncio Prado; Juan Luis Pacheco; Juan Soto; Pio Rosado y otros.

San Carlos puede decirse que fué la piedra fundamental de nuestra independencia; el Templo sagrado donde había de terminarse la obra comenzada en Yara el año de 1868.

El año 1871 fué fundado el periódico "Luz de Yara", el que más tarde se llamó "El Yara", siendo su fundador y director, el Sr. José Dolores Poyo y Estenoz, cubano de vastos conocimientos, que había abandonado su puesto en la Gaceta Oficial de la Habana y vino a compartir con sus hermanos las amarguras del destierro. Cubano irreductible que se mantuvo siempre labrando por la independencia,

para él no hubo tregua cuando la paz del Zanjón. Sostuvo su "Yara" hasta la terminación de la guerra el año 1898.

José Dolores Poyo no lucró con su publicación; su periódico no se vendía, se regalaba; era el vocero que alentaba al cubano desde sus columnas, haciéndole comprender la necesidad de libertad a Cuba. Así como José Martí decía: "El caballo está en silla", Poyo encabezaba sus artículos: "En la brecha". Poyo fué incansable e infatigable en su labor revolucionaria.

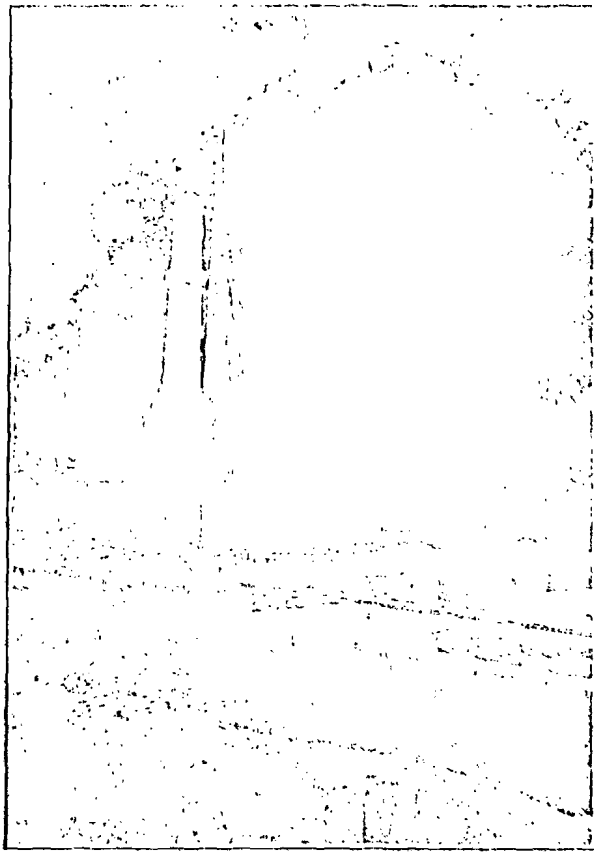
Al estallar la guerra, Poyo fué nombrado Presidente del Consejo local del Partido Revolucionario en Cayo Hueso, cargo que desempeñó con honradez.

Al terminar la guerra, retornó a Cuba con su imprenta y allí en su amada tierra, libre, como él la quiso, siguió publicando su "Yara", siendo nombrado por el Gobierno de Estrada Palma, Jefe del Archivo Nacional, habiéndole sorprendido la muerte satisfecho de haber cumplido como bueno. Por eso pudo legar a sus hijos el hermoso patrimonio de la honradez.

Poyo no medró con su patria: no pidió prebendas; no hizo más que cumplir con su deber, como cubano y como ciudadano.

Ya organizados los emigrados en Clubs, vieron la necesidad de honrar la memoria de sus mártires, y en 1872 fué señalado el día 10 de Octubre para ese fin. Ese día, se reunieron en San Carlos a las seis de la mañana, dirigiéndose de allí a la Iglesia católica, donde de antemano se había colocado un féretro cubierto con la bandera de Cuba Libre. Ofició en ese acto el Rev. Padre la Roca; pero estos actos duraron poco tiempo, porque, conociendo el Obispado de la Habana de estos hechos que pugnaban con la integridad del Gobierno español (entonces hasta la Iglesia católica era nuestra enemiga) suplicó al reverendo Padre que los suspendiera, por tratarse de impíos.

Desde ese momento dejaron los cubanos de asistir a la Iglesia el 10 de Octubre, determinando ir en peregrinación al cementerio. Al siguiente año, reunidos en San Carlos, así lo acordaron: fueron al cementerio y al pie de un joven tamarindo, hoy histórico, porque cubre con sus ramas el panteón de los mártires cubanos, elevaron sus preces al Altísimo en recuerdo a los hermanos caídos en los campos de Cuba.



Monumento a los Mártires Cubanos
en el Cementerio de Cayo Hueso

EL MONUMENTO A LOS MARTIRES

Antes de proseguir, deseo dedicar unas líneas al Monumento de los mártires, erigido en el cementerio de Cayo Hueso.

Fué levantado por cuestación popular en el año 1892. Es una reliquia histórica, representando las cuatro Provincias de entonces: Oriente; Occidente; Camagüey y las Villas.

Es, digámoslo así, el alma de Cuba que se yergue aquí, en este baluarte, demostrando al que lo visite, que Cuba está representada en ese Monumento, el cual, con San Carlos, constituye una página excelsa de nuestra patria; reliquias que todo cubano que llegue a esta ciudad, debe de visitar, pues esas obras demuestran la abnegación y el patriotismo de aquellos cubanos que legaron a sus hijos, al levantarlas, un recuerdo de sus sacrificios por la libertad de Cuba.

¡Dichosos los hijos que saben honrar la memoria de sus padres!

El Monumento tuvo su origen de la siguiente manera: Por iniciativa del Sr. Felino Rivero y otros, se celebró un Mas Miting en San Carlos y se tomaron varias resoluciones, entre ellas, la de erigir un Monumento a los mártires cubanos, tanto de los muertos en las gloriosas luchas, como de aquellos que se hubiesen significado patrióticamente en esta Emigración.

Fué levantado este Monumento sobre la tumba del egregio patriota José Francisco Lamadriz, que acababa de inhumarse bajo el venerado tambrindo, a la sombra del cual tantas veces hemos vertido nuestras fervorosas plegarias, cobijados por nuestra amada bandera.

En aquel miting se nombró una comisión compuesta por los siguientes señores: Martín Herrera; Serafín Bello; Carlos Borrego; Fernando

Figueroa Socarrás, Gerardo Castellanos, Federica Cochet y Teodoro Pérez, para que del modo que juzgaran más conveniente, se llevase a cabo la erección, optando ellos por la suscripción popular.

Este Monumento de la emigración cubana de Cayo Hueso, es uno de los mejores del Estado de Florida y el único dedicado a los mártires cubanos.

He aquí la lista de los donantes para la erección del Monumento:

COLECTADO EN LAS TABAQUERÍAS

Taller de Teodoro Pérez, comisionado Sr. Zaldívar	\$4.80
Villanil, comisionado Sr. A. Borges	6.80
La Rosa Española, comisionado Sr. Castillo	14.95
Elinger, comisionado Sr. José Dolores Poyo.....	19.50
Taller de Benito Alfonso	75
Taller de Aurelio Castillo	2.00
Taller de Folk & Mayers, comisionado Sr. Molinet.....	4.75
Taller de Gato, comisionado Francisco María Gonzalez.....	8.10
Taller de Pohalsky, comisionado José González Mendoza.....	3.15
Taller de O'Hallorán, comisionado Francisco Milián.....	10.30
Producto de dos juegos de Base Ball Infantil.....	\$30.40
Balance de la suscripción para los funerales del Sr. Lamadriz	\$30.00

DONATIVOS DE PARTICULARES

Candelario Estévez	\$1.00	Ildefonso Salgado	1.00
Srita. Fredesvinda Sánchez	1.00	Serafín Sánchez	1.00
Rafael de Armas	1.00	Francisco Milián	1.00
José Molina	1.00	Eduardo Reina	1.00
Joaquín Osorio	1.00	Lorenzo Miraben	1.00
José P. Chacón	1.00	Antonio León	1.00
José Hernández Alemán	1.00	Francisco Lufriú	1.00
Eulogio Cano	1.00	Pedro L. Muñoz.....	1.00
Nicolás Valdés	1.00	Francisco Silva	1.00
M. G.	1.00	Alvarez y Herrera	1.00
Pedro Osorio	1.00	Isidro Ginart	1.20
Enrique Lugo	1.00	José Seva	1.00

Francisco Velasco	1.00	Arcadio Milán	1.00
Pedro R. Someillán	2.00	Eduardo Valdés	1.00
José C. Morilla	1.00	Zancabí	1.00
Anselmo Zamora	1.00	Alfredo Carbonell	1.00
Juan María Reyes	1.00	Horacio Alfonso	1.00
Gregorio Cruz, padre	1.00	Adolfo Díaz Silveira	1.00
Ceferino Montano	1.00	J. B. Azpeitia	1.00
Manuel González	2.00	José Esquiroz	1.00
Gregorio Cruz, hijo	1.00	Manuel Patricio Delgado	2.00
Sabás García	1.00	Ángel Figueredo	5.00
José Santos Valdés	1.00	Juan Pérez Rolo	1.00
Jacinto Velázquez	1.00	Genaro Angulo	1.00
Francisco Arteaga	1.00	Luis Acosta	1.00
Melitón Mendoza	1.00	Bonifacio García	2.00
Antonio Alfonso	1.50	José Bolano	2.00
Bernardo Miyares	1.00	Domingo Acosta	1.00
Ventura Barroso	1.00	Carlos Someillán	1.00
Fernando Chile	1.00	Félix Delgado	1.00
Ernesto Estévez	1.00	Leandro Rivero	1.00
Estéban Menocal	1.00	José González Mendoza	1.00
Cecilio Borroto	1.00	Un cubano	2.00
Enrique Rojas	1.00	Félix Zahoret	1.00
Rosendo García	1.00	Francisco Ibern	2.00
Evaristo Rodríguez	1.00	Blas Sánchez	1.00
Juan Serafín Navarro	1.00	Agustín Azpeitia	1.00
Ramón Perdomo	1.00	Rufino Alí	1.00
Antonio Sánchez	1.00	John Coleman	1.00
Luciano Martínez	1.00	Eduardo Someillán	5.00
Francisco Pérez Oliva	5.00	José Artech	1.00
José Rufino	1.00	Francisco Borroto	1.00
José Coniján	2.00	Nicolás Gutiérrez, padre	1.00
Alfredo López Trujillo	2.00	Eduardo Morales	1.00
Ramón Rivera	1.00	Sixto H. Gato	1.00
Francisco González	1.00	José P. Monteresi	1.00
Emilio Hernández	1.00	N. Balbieri	1.00
Virgilio Cordero	2.00	Narciso Lufriú	1.00
Manuel Noda	1.00	José Esquinaldo	1.00

Manuel Rodríguez	1.00	Anacleto Barroso	1.00
Agustín Álvarez	1.00	César Catalá	1.00
José Igualado	1.00	Adolfo Díaz Silveira, hijo	1.00
Francisco Marrero	1.00	José M. Gabielle	1.00
N. Vivanco	1.00	Adolfo Monteresi	1.00
Dr. Eligio Palma	10.00	Carlos Chávez	1.00
José Ma. Gómez	1.00	Carlos Uhrbach	1.00
Fernando del Pino	1.00	José Salgado	1.00
Juan Buncells	1.00	Antonio Sánchez	2.00
Francisco Morilla	1.00	Francisco Gillo	2.00
Francisco Alpizar	1.00	Pedro C. Someillán	1.00
Domingo Vildóstequi	1.00	S. y F. Fleitas	5.00
Estanislao Azpeitia	1.00	Domingo Acosta	1.00
Enrique B. Someillán	1.00	Felipe Carbonell	1.00
O'Hallorán Co.	10.00	Juan de Dios Barrios	1.00
Francisco Bolio	2.00	Isidro Ferrer	1.00
Adolfo Tagle	1.00	Francisco D. Arencibia	1.00
Laureano Mesa	1.00	Ranón Benítez	1.00
Ángel Padrón	1.00	Fernando Miyares	1.00
Carlos O'Reilly	1.00	Andrés García	1.00
Agustín Roselló	1.00	Antonio D. Carrasco	1.00
Luciano Martínez	5.00	Enrique Morales	1.00
Antonio Guruguru	1.00	Miguel García	2.00
Liborio Nápoles	1.00	T. Pérez y Benítez	2.00
Carlos Zequeira	1.00	Florencio Roque	1.00
Crescencio Cabrera	1.00	Cayetano González	50
Vicente de Castro	2.00	Román Alfonso	3.00
Agustín Parlá	1.00	Juan Calzadilla	1.00
Florindo Camero	1.00	Francisco Alfonso	1.00
Sixto Martínez	1.00	Alfredo Salinas	1.00
Desiderio Báez	1.00	Juan Rodríguez	1.00
Domingo Milord, padre	1.00	Francisco Pérez	1.00
Arturo Boza	1.00	Antonio Lendián	1.00
Blas Trujillo	1.00	Antonio Quintero	1.00
Miguel Encinosa	1.00	Miguel Marero	1.00
José del Pino	1.00	Ramón Rivera	1.00
Ángel Peláez Pozo	1.00	Luciano Sánchez	1.00

Buenaventura Córdoba ...	1.00	José Corujo	1.00
Enrique Navas	1.00	José Albertus	1.00
Sebastián Cabrera	1.00	Gabriel Ayala	5.00
Augusto Arce	1.00	Baldomero V. Velasco	1.00
Leopoldo de Vera	1.00	Luis Felipe Ayala	1.00
Juan G. Quesada	1.00	Francisco Guseti	1.00
Juan Someillán	1.00	Carlos B. Adams	2.00
Carlos A. Díaz	1.00	Francisco Cameillón	5.00
Ambrosio Benítez	2.00	Carlos Recio	10.00
Joaquín Hernández	1.00	Ceferino Menéndez	10.00
Mariano Lufriú	1.00	Cecilio Henríquez	5.00
Carlos Martínez Bros	1.00	Eduardo H. Gato	10.00
Antonio Ríos	2.00	Miguel Briñas	5.00
Luis Puig	1.00	Club Hijas de la Libertad	51.75
José Delgado	1.00	Bernarda F. de Reyes	5.00
Manuel Canizares	1.00	Club Protectoras de la	
Aurelio Noy	1.00	Patria	12.80
Benito Alfonso	5.00	José Morales	3.00
José Reyes	1.00	Venta de libros efectuada	
Diego López Trujillo	1.00	por las Srtas. Apocahonta	
Liborio Perdigón	1.00	y Pensylvania Herrera.....	9.00
Luis Felipe Gutiérrez	1.00	Consejo Local de Presi-	
Carlos Zequeira	1.00	dentes, sobrante de los	
Alfredo Ávila	1.00	gastos del 10 de Oct.	40.30
Vicente Plata	1.00		
Sociedad "El Bien Público			\$ 1,183.65



El hermoso monumento dedicado a los Mártires de Cuba, ocupa un terreno de 27 pies de frente por 25 de fondo, rodeado por una verja de hierro, con un pórtico donde dos altas columnas del mismo metal, sostienen un arco en el que se lee lo siguiente:

"A LOS MÁRTIRES DE CUBA"

Dos sofás también de hierro, adornan la entrada y en el centro del enrejado terreno se levanta el majestuoso obelisco de granito y mármol, que mide 21 pies y 7 pulgadas de altura. Cada uno de los lados representa en el obelisco uno de los Estados en que Cuba estaba dividida, cuando estalló la revolución de 1868.

En su base y en honor a los extranjeros que se sacrificaron por aquella sagrada causa, aparecen los siguientes nombres: En Oriente, Capitán Fray, Luis Marcano, Felipe Herrero, Natalio Argenta, y en segundo término, cerradas dentro de tres coronas cinceladas, se ven estos nombres: Francisco V. Aguilera, Francisco Maceo. Sobre estas coronas están los inmortales nombres de Yara y Bayamo, en recuerdo del principio de la revolución y del incendio de Bayamo. Encima de estos nombres gloriosos y dentro de una corona se lee: Carlos Manuel de Céspedes; y sobre la corona la fecha del 10 de Octubre de 1868

En la parte que representa a Camagüey, y en su base, están contenidos los nombres de J. W. Ryan, Henry Ribes, Boubilier, Cristóbal Acosta. A renglón seguido y dentro de coronas, los nombres de Antonio Luaces, Rafael Argilagos, Chicho Valdés Ura. Después los gloriosos nombres de las batallas de "Las Guásimas de Jimaguayú" y "Palo Quemado". Encima y dentro de coronas, el inmortal nombre de Ignacio Agramonte, y sobre éste la fecha del pronunciamiento en Camagüey: 4 de Noviembre de 1868.

En la parte que representa a las Villas léense estos nombres: Tancredo (asiático), José Inclán, Diego Dorado, Ramón Huertas. En la misma forma y dentro de coronas, aparecen los nombres de Eduardo Machado, Cecilio González, Francisco Villamil [español], y encima el nombre de las gloriosas batallas "Navas de Jobosí" y Cafetal González. Más arriba y entre coronas el prominente nombre de Miguel Jerónimo Gutiérrez y la fecha de su alzamiento: 7 de Febrero de 1869.

El lado que representa a Occidente ostenta en su base los siguien-

tes nombres: General Auricouchea, Leoncio Prado, Tomás y Cristóbal Arosta, Salomé Hernández. Encima y dentro de coronas los siguientes nombres: Rafael Morales, León y Medina, Domingo Goicurúa. Sobre estos está el gigantesco hecho de armas del generoso negro La Campa, en defensa de su amo, y la fecha 27 de Noviembre. Y encima y dentro de coronas aparece el augusto nombre de Luis Ayeserán. Y aunque Occidente no se levantó en armas, toma la fecha del 10 de Octubre de 1868.

Los ángulos del cuadrado de la verja están ocupados por una base de mármol blanco, conteniendo una lápida de mármol azul, orlada de siemprevivas, al cincel, y en su centro están grabados estos nombres: José Morales Lemus, Francisco LaRúa, Luis Victoriano Betancourt, Agustín Santa Rosa, Enrique Ortas, Pedro Cesteros, Juan Osorio, Pedro Diago, Pascual Osorio, Tello Lamar, Joaquín Aguiar, José Botella, Leopoldo Franchi Alfaro, José Manuel Mestre, Miguel Aldama, José Antonio Echevarría, Bernabé de Varona, Gregorio Benítez, Martín del Castillo, Baldomero Rodríguez, Manuel Boza, Manuel de Quesada, Gaspar Agüero, Diego Agüero, Escipión de Varona, Gaspar Betancourt, José M. Sorí, Plutarco Estrada, Carlos Martel, José de la Luz Delgado, Regino Ponce, Honorato del Castillo, Federico Cabada, José González Guerra, Angel Castillo, Francisco Jiménez, Ramón L. Bonachea, José A. Legón, Luis Morejón, Rafael Ríos, José Borroto, Jesús del Sol, Mateo Casanova, José Figueroa, Alejandro del Río, Arcadio García, José M. Castro, Antonio Lorda, Guillermo Lorda, Donato del Mármol, Francisco Vega, Silverio del Prado, Pío Rosado, León Tamayo, Julio G. de Peralta, Francisco Estrada, Mariano Loño, Francisco Guevara, Rodrigo Tamayo, Sebastián Amábile, Antonio Cisneros, Juan Miyares, Pedro Céspedes, Justo Aguilera, y Miguel Figueredo.

La idea del Monumento representa en sí, el recuerdo de los hombres prominentes de la guerra de 1868, y a la vez un recuerdo de respeto y admiración a aquellos compañeros de expatriación que dejaron de existir, en esta localidad. Un justo tributo a sus virtudes y a su afán por la independencia de su patria. A ellos se han dedicado dos libros de piedra rústica, a la entrada del monumento. En los libros aparecen los siguientes nombres: Mateo Orozco, vengador de los cubanos en la persona de Gonzalo Castañón, José García Toledo, ins-

tructor de la niñez cubana, Bernardino Díaz de la Rosa, de nacionalidad canaria; Manuel M. Escassi, Augusto Estrada, que murió en los campos de Cuba; Mariano Balaguer, modesto artesano catalán; consecuente con los principios de libertad e independencia, a los que consagró su vida; Francisco Arteaga, de nacionalidad canaria, identificado con los cubanos de una manera admirable; José Rafael Estrada, el mutilado de Casilda; Samuel Woolf, alemán, al que recuerdan con veneración los emigrados del 68, Dr. Antonio Valdés Aguirre, ilustrado escritor y defensor de los derechos patrios, profesor de las escuelas de San Carlos, Francisco Marrero, Cayetano Soria y Enrique Pérez.

Cuatro floreros de hierro completan el ornato del monumento. Uno tiene escrito el nombre del gran republicano y constante amigo del pueblo. Juan María Reyes (Nito). Otro el del dulce e inspirado poeta Antonio Ríos. Otro, el del egregio patricio José F. Lamadriz y el último el del que en Cuba fué esclavo, Eduardo Paredes.

Al hacer entrega del monumento el Comité que lo construyó, a la Directiva de San Carlos, como genuína representación de la emigración cubana, la Directiva tuvo a bien tomar los siguientes acuerdos:

1o. :- Que en ese lugar no se enterrarían los restos de persona alguna, a no ser los de los caudillos inscriptos en sus listas.

2o. :- Que este panteón sea entregado para su cuidado y adorno, a dos señoras, relevándose de éste compromiso por trimestres, y que las dos primeras a contar desde Febrero de aquel año, fuesen las señoras, Bernarda Figueredo de Figueras, y América León de Herrera.

MARTÍN HERRERA, Presidente;

FERNANDO FIGUEREDO, Secretario.

Describo el Monumento y dicho cual fué su origen, describiremos a grandes rasgos la celebración del 10 de Octubre, por los emigrados:

Por la mañana de ese día iban al cementerio, a honrar la memoria de los muertos en la lucha por la libertad de la patria, y por la tarde organizaban y llevaban a cabo una procesión que partía de San Carlos, al frente de la cual marchaba una compañía de macheteros cubanos capitaneada por Evaristo Rodríguez, precediéndole una carroza en la que una señorita representaba a la diosa de la Libertad; unas veces hacía de diosa la Srta. Asunción Pomares y otras la Srta. María Estinger. Después de la carroza iban las escuelas, los Clubs y el pueblo.

Por la noche se reunían de nuevo en San Carlos; formábase otra vez la procesión, en la que unos llevaban huchones, y otros faroles con los colores nacionales y letreros alusivos al acto, banderas y estandartes. Estos festejos duraban hasta tres o cuatro días, porque después de la fiesta patriótica, había bailes y guateques campestres en las antiguas casas de los terrenos de la Salina.

También los emigrados celebraban el día de San Juan yendo a bañarse a la playa del Sur como antes lo hicieran en los baños de Romaguera allá en Cuba.

El día seis de Enero, día de los Reyes, salía por las calles una comarsa de Nánigos, los que fueron suspendidos, pues la colonia cubana creyó que esos espectáculos desdecían de la cultura de la emigración.

El día 24 de Diciembre, en la noche, se iban a la Iglesia a esperar el nacimiento del Redentor, o séase, la "misa del gallo", después de la misa, la tradicional cena donde no faltaba una víctima o séase, el lechoncito asado en espicho con hojas de guayaba y naraujas agrias, el frijol negro y arroz blanco con su correspondiente rábano y lechuga y el vino tinto catalán, pues aunque estábamos disgustados con el gobierno de la madre patria, no así con Cataluña que nos proporcionaba su rico vino, haciendo los emigrados, de este hospitalario Cayo, un pe lazo de nuestra a rada Cuba.

El 27 de Noviembre de 1872, viste por primera vez de luto San Carlos con motivo del trágico suceso del fusilamiento de los estudiantes de medicina el año 1871.

¿Y qué decir de la contribución voluntaria de los emigrados para la revolución? La emigración hizo todo lo que pudo. La mujer cubana, esa Sacerdotisa del Hogar, modelo de esposa y de madre entre las madres, con abnegación y sacrificio, sufrió las desventuras de la expatriación, en los campos de Cuba Libre supo morir al lado de sus hermanos combatiendo por la libertad, dió sus hijos, sus joyas y cuanto poseía, y por las noches sacaba hilas para los heridos en campaña. Recuerdo cuando llegó a ésta Melchor Agüero, que nuestras mujeres se deshicieron de sus trajes para que éste los llevase a sus hermanas que se hallaban en los campos de batalla.

Los hombres daban su dinero, disputándose a cual daba más; tomaban parte en las expediciones, como la del Lilliana, El Salvador, el Fauny, el Virginus, el Edgurd Stewart y otras. ¿Se puede pedir más patriotismo? Si algunas páginas de bronce debieran de escribirse en la historia de Cuba, tendrían que ser estas de la emigración cubana de Cayo Hueso.

Los emigrados veían ya cercano el triunfo de la causa redentora, pues según el periódico "La Revolución" órgano oficial que dirigía en New York el Sr. Juan Bellido de Luna, ya "las huestes libertadoras, tocaban con el pomo de sus machetes en las puertas de la Habana", y por otro lado, el Presidente de los Estados Unidos Ulises S. Grant, había prometido reconocer la beligerancia de los cubanos, y la emigración tenía fé y esperaba el cercano triunfo.

Y el tiempo transcurrió hasta llegar el año 1878, en que sorprendió a los emigrados la fatal noticia del "Pacto del Zanjón". Los emigrados no quisieron creerla, y por la noche sacaron una manifestación donde llevaban en un ataúd un muñeco: era Martínez Campos, que lo llevaban para quemarlo en la playa del Sur.

La noticia del pacto se confirmó; pero no por eso decayó el espíritu de los emigrados, al conocer la protesta de Baraguá, por el indómito Antonio Maceo, Fernando Figueredo y otros.

Al año siguiente ya se encontraban en armas luchando de nuevo

por la libertad, el General Calixto García que había desembarcado una expedición junto con Pío Rosado, Natalio Argenta y otros. En esa expedición nos alistamos Teodoro Soria, los hermanos Castillo, Juan Gutiérrez y yo, no llevándonos el General Calixto García por nuestra corta edad.

A esta invasión que solo duró un año, le llamaron la Guerra Chiquita.

Desde entonces hubo una tregua, hasta 1892, pero no por ello dejaron los emigrados del Cayo de pensar en redimir la patria. En 1891 fué Martí invitado por Nestor L. Carbonell, residente en Tampa, para que tomase participación en la conmemoración del 27 de Noviembre, fecha de los Estudiantes fusilados en la Habana en 1871.

Los cubanos de Key West, conocedores y admiradores de los méritos del gran patriota Martí, le invitaron a su vez para que llegase hasta el Cayo. El Maestro no se hizo esperar y fué recibido con verdadero cariño por el pueblo y una comisión que al efecto se nombró compuesta de los siguientes señores: Genaro Hernández, Serafín Bello, Aurelio C. Rodríguez, José G. Pompé, Frank Bolio, Francisco Ma. González, Gualterio García y Angel Peláez Pozo.

Los primeros lugares visitados por Martí, fueron los talleres de tabaquería. Allí donde el Trabajo entonaba cada día un himno de libertad; donde los trabajadores cubanos formaban también sus proyectos de redención, en lo referente a la independencia de Cuba.

Martí citó a los emigrados para una reunión en San Carlos. Allí desde la tribuna, la cual se encuentra en el Museo de Cárdenas, como reliquia histórica, se dirigió a su pueblo, cual otro Mesías anunciando la era de la libertad.

A su retorno de nuevo a Cayo Hueso, Martí citó a las agrupaciones políticas y a los Clubs Liga patriótica Cubana e Ignacio Agramonte para un cambio de impresiones en el Hotel Duval. Martí ocupó la presidencia, dando a conocer el objeto para que habían sido convocados. Seguidamente el Sr. Martí, dió lectura al Proyecto de Bases del Partido Revolucionario Cubano, que había de formarse en el extranjero, escrito presentado posteriormente por el propio Martí a la aprobación de un triunvirato compuesto por los Srs. José Francisco Lamadriz, José Dolores Poyo y Fernando Figueredo aceptan-

do éstos las Bases en principio. Acordóse: someterlas respectivamente por cada uno de los Presidentes de las distintas agrupaciones por ellos allí representadas, a sus respectivos Clubs para su aceptación.

Estas Bases Estatutos por las cuales había de regirse el Partido Revolucionario Cubano, fueron discutidas y aceptadas en Asamblea Magna el 6 de Enero de 1892 en el histórico San Carlos.

Perdónenme mis lectores si me he desviado en mi narración adelantando los hechos, pero no puedo pasar por alto los acontecimientos relacionados para con la patria, por esta emigración.

Retrocedamos ahora, haciendo un poco de historia a la fecha en que llegaron los primeros emigrados el año 1869, a Cayo Hueso. El Cayo entonces contaba con una población sobre dos mil habitantes, en su mayor parte oriundos de las Islas Bahamas, gentes rústicas y sencillas. La ciudad se extendía desde la calle de los Remates, hoy Front, hasta la calle Angela y desde la calle del Hospital, hoy Emma hasta Esponjas, hoy Elizabeth. Los cubanos fueron ocupando las principales calles, la de las Banderas, hoy Duval; la de Tablas, hoy Simonton; el Fambá, hoy Thomas; Hospital, hoy Emma. El resto de la ciudad estaba ocupado por los americanos. Al barrio donde éstos vivían, le llamaban los cubanos "Conco Táon". A manera que fueron llegando emigrados cubanos, éstos iban extendiéndose por toda la ciudad, hasta que la mayoría de la población era cubana.

Por ese entonces existían aquí muy pocos negros; pero sabedores los negros de las Bahamas, de que en Key West, había una emigración que podía darles empleos de lavaderos y criados de mano, fueron llegando a ésta en gran número, en la actualidad se calcula la población negra en cuatro o cinco mil.

Muchas veces he oído decir, injustificadamente, que al llegar a Key West los primeros emigrados, esta isleta no era más que un Rancho de pescadores. No puedo por menos que hacer justicia y desmentir semejante error por deber y gratitud. Por aquella época como he dicho anteriormente, existían en esta sobre dos mil habitantes que si bien es verdad que no era una gran población, constituían una

pequeña ciudad hospitalaria, los cubanos encontraron alojamiento, no en rancho, ni en solares ni en ciudadelas y accesorias, sino en viviendas propias para familias como lo demuestra la casa donde vivió José D. Poyo por muchos años, conocida por la casa de los dibujos en la calle Bahama, que bautizaron los cubanos con el nombre de Callejón de Poyo que aún se le sigue llamando.

Cayo Hueso por aquel entonces tenía comunicación con el Norte, por la línea de vapores Mallory, otra a New Orleans y otra a Cedar Key. Tenía un Hotel, el Russell, en el que fué muerto Castañón. Aquel fué destruido por el "fuego grande" el 30 de Marzo de 1886. Había en esta ciudad un gran almacén de víveres y ferretería y un dique donde carenaban embarcaciones de gran tonelaje, propiedad de William Curry, fundado en 1851 y que aún existe; también otro gran establecimiento de víveres y telas de Mr. How, del cual era dependiente George W. Allen y encargado general, Don Tomás Schultz de nacionalidad polaca, muy entusiasta por la independencia de Cuba; y otro almacén de distintos efectos perteneciente a Fernando J. Moreno descendiente de familia española de Fernandina, Fla. muy amigo de la causa de Cuba. También existía una Estación de cable submarino en comunicación con Cuba y el Norte de los Estados Unidos; había un colegio público; una logia Masónica, distintas iglesias; una bolera; una gran Salina de donde se extraía gran cantidad de sal marina que se exportaba. Existía el cementerio actual, el cual fué fundado en 1836 y en el que descansan los restos de dos generaciones de cubanos. Había comercio de pescado con Cuba en gran escala. Existía un periódico titulado The Pennant "(El Gallardete)"; un Observatorio meteorológico. La industria de la esponja, como la del tabaco, que ya habían introducido en esta los cubanos. Eran estos manufactureros en pequeña escala José Fariñas, Felipe Moreno y Tato Bello. También existía el Hospital de Marina.

Es verdad que con la llegada a ésta de los emigrantes cubanos y con ellos el Señor Vicente Martínez Ybor el cual trasladó su fábrica de tabacos que poseía en Cuba, por haber los esbirros del gobierno español atacado su propiedad, por ser un centro de conspiración de los manbises, Cayo Hueso se desarrolló progresivamente, llegando

en poco tiempo a ser el principal centro manufacturero de tabaco habano en este país.

¿Qué antiguo emigrado no recuerda con cariño a Mr. Allen, Mr. Woolf, Mr. McClintok, Mr. Patterson, Mr. Jefferson Brown, Mr. Eugenio Lock, juez de marina que a tantos y tantos cubano, sin llevar el tiempo necesario en este país les expidió la carta de ciudadanía americana para ponerlos a salvo del gobierno español, Mr. Gwin, Mr. William B. Curry, Mr. Moreno y tantos otros que sería imposible enumerar?

Y, ¿quién podrá olvidar a aquellos que nos ayudaron a sacar nuestras expediciones, como Charles Fletcher, y el malogrado Hunt Harris, amigo de los cubanos, abogado, y al cual se debió el no llevarse a efecto el embargo que el Sr. Camellón como contratista hacía sobre San Carlos por deudas de construcción? Poniendo el Sr. Harris en autos de los hechos al Sr. Teodoro Pérez, éste a su vez se comunicó con los Srs. Remigio López Fandiña y Eduardo H. Gato que a la sazón se hallaban en New York, girando éstos por cable, pagando la deuda los Srs. Pérez, López y Gato. A la muerte del Sr. Harris, el pueblo cubano demostró su sentimiento enviándole coronas y asistiendo a sus funerales, precisamente, a los tres días de haber pronunciado un discurso, con motivo de la festividad del 20 de Mayo de 1923. En aquel discurso por última vez, demostró cuanta simpatía sentía por Cuba y los cubanos.

Cayo Hueso puede decirse que estaba gobernado por los cubanos.

¿Quién no recuerda que Carlos Manuel de Céspedes (hijo) fué Mayor de la Ciudad y que durante su administración se construyó la Casa Consistorial, la cual ostentaba una lápida de mármol donde se leía: "Carlos Manuel de Céspedes 1876", destruido este edificio por el fuego grande el 30 de Marzo de 1886?

¿No ocuparon puestos en la Legislatura del Estado, Manuel Patriocio Delgado, y Gonzalo Pompey; no fué Juez de Paz, Juan María Reyes; no fueron policías, Eulogio, Evaristo y Benito Rodríguez y Ramón Valdés conocido por espejuelos? El Sr. Manuel Pino fué Presidente del Consejo Municipal; Andrés Estévez, traductor de la Corte Criminal; el primer Cartero, Juan Miguel Reyes; el Sr. Fernando Figueredo Socarrás, Jefe de Aduanas, Ildefonso Salgado, segun-

do Alcalde de la Cárcel; el comercio estaba en manos de los cubanos en su mayor parte.

Los emigrados cubanos al arribar a este hospitalario Cayo, trajeron más virtudes que vicios. Empezaron por fundar las escuelas de San Carlos; la Logia Cuba No. 15 de la I. O. O. F.; la Orden Caballero de la Luz; la Orden Good Templars; la Logia Dr. Félix Varela No. 61, de Libres y Aceptados Masones; la Logia Castillo Ignacio Agramonte No. 3 de la Orden Aguila de Oro. Todas estas grandes instituciones se encuentran en la actualidad disfrutando de vida próspera y floreciente, y son orgullo de este pueblo.

Los cubanos edificaron el teatro San Carlos, que era el mejor de la Florida; establecieron la primer línea de carros urbanos; el primer cuerpo de bomberos; la primer Planta de alumbrado de Gas; Clubs de Recreo; "La Caridad" "Recreo Infantil," Sociedad fundada por el Revdo Juan Bautista Báez; "El Porvenir," "El Progreso," fundado por cubanos de color, los que también fundaron la Logia Masónica Abraham Lincoln No. 11. de L. y A. M.

La primer Banda de música que existió aquí, fué organizada por el Sr. Rafael Valdés, siendo su Director el Sr. José González Mendoza. Esa Banda se llamaba "La Libertad" y estaba formada por los siguientes Srs.: Pío Guerra; Cristóbal, José y Máximo Jiménez; Angel Santana; José Dolores Casuso; Pepe, el españolito; Felipe, Arturo y Francisco Vázquez; Regino Rivero; Abelardo Oliva; José Rodríguez conocido por Bullé; Luis F. Tagle; Mr. Blacke, y otros que no recuerdo. Esa Banda tocaba en todos los actos patrióticos, veladas etc. inaugurando su marcha fúnebre, en los funerales de José Manuel Taño, asesinado vilmente por Lino Barrio, en la calle de la Farola, después de haber comido amigablemente en el "Hotel Monroe" propiedad de Martín Herrera. Esa Banda, al terminarse la guerra, por la independencia, se trasladó a Cuba el primer 20 de Mayo, donde debutó, disolviéndose allí.

También fundaron una Cooperativa de Tabacos con el nombre de, "Unión de Tabaqueros," que estaba administrada por el Sr. Juan Serafín Navarro, siendo secretario Oscar Martín y tesorero Antonio M. Castillo. También fundaron una Caja de Ahorros de la misma Cooperativa.

Al llegar los primeros emigrados, como no tenían nombres las calles, fueron poniéndoles los adecuados: calle de los Remates, por existir los remates públicos; callejón del Dr. Español, por vivir en él el Dr. Juan González de nacionalidad española; callejón del Telégrafo, por hallarse en él la Estación del Cable submarino; calle de la Farola, por encontrarse en ella el Faro; barrio del Fambá, por vivir en él gentes de color; calle del Hospital, donde está el Hospital de Marina; calle de la Bandera, por encontrarse a la entrada del muelle un mástil donde un portugués izaba una bandera anunciando los buques procedentes de puertos cubanos, el cual portugués, cierta ocasión izó la bandera cubana para anunciar el vapor de Cuba y, al ser requerido por las autoridades alegó: "Que el mástil era de su propiedad y por tanto izaba la bandera que le daba la gana."

Pusieron a una calle el nombre de callejón de los Muertos, por encontrarse en él la funeraria de Mr. William W. Warren; callejón de San Carlos, por hallarse en él el Club San Carlos; calle de las Tablas, por tener ésta un tablado que cubría una zanja; calle de las Esponjas, por encontrarse en ella un almacén de esponjas propiedad de Mr. John Lowe; callejón de Poyo, por vivir en él el Sr. José D. Poyo; callejón de Castellanos; calle de las Iglesias, por estar allí enclavadas varias Iglesias; callejón de la Ceiba, porque había una Ceiba traída de Cuba y plantada allí por la señora Tomasa Borges; calle del Cementerio; calle de los Cuarteles, al final de la cual estaban los Cuarteles; callejón de Mr. Pitcher, hoy calle de San Carlos, nombre que el Ayuntamiento le puso en honor de San Carlos, el 10 de Octubre de 1919, cuando se colocó la primera piedra para el nuevo edificio.



LA MUERTE DE CASTAÑÓN

En los tópicos que voy reseñando, hay un negro paréntesis que estoy obligado a hacer: la trágica muerte de don Gonzalo Castañón, difamador de la mujer cubana, y causante dicha muerte de un crimen repugnante y siempre odiado: El fusilamiento de los Estudiantes de Medicina el año 1871.

Tranquila repose el alma que en la tierra sembró el espanto e hizo brotar en los ojos de las madres cubanas, las lágrimas del martirio; que la ferviente plegaria del Olvido llegue a su tumba en forma de elocuente conmiseración.

Queriendo traer a estas páginas los hechos, dentro de los moldes de la verdad informativa, creí conveniente dirigirme a dos antiguos y consecuentes emigrados, testigos, sino de vista, sí de referencias, por ser ellos conocedores de la tragedia que tuvo su rúbrica de sangre, en los precisos momentos que en Cuba la tea de la revolución se paseaba soberbia y triunfante desde la indómita región de Oriente, hasta casi alumbrar con su roja llama las fortalezas defensoras de la ciudad de la Habana.

Esos emigrados son: Rafael Velazco y Enrique Torres.

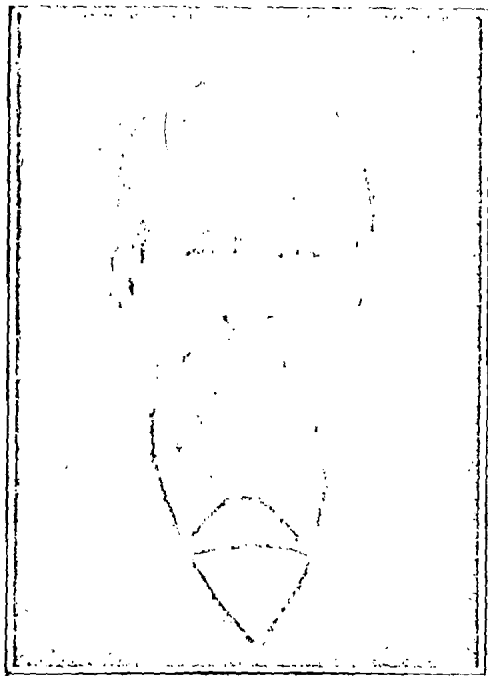
El primero de ellos, Rafael Velazco, veterano, y en aquella época soldado a las órdenes de Rafael de Quesada, jefe de la expedición de "El Salvador," no pudo complacer mi curiosidad, porque en la fecha que los acontecimientos tuvieron su principio y desenlace, él, Rafael Velazco, era uno de los que luchaban por la libertad de Cuba.

Sólo de Enrique Torres pude obtener estos datos escuetos, pero verídicos.

Y dijo así.

Se publicaba en la Habana un periódico, órgano oficioso de aquellos que por no cumplir la llamada "quinta" del Ejército Español, se alistaban en Cuba en una especie de milicia obligatoria mal llamada, Voluntarios; gente hisoña; analfabetos en su mayoría y sin otras ilusiones que las que su crasa ignorancia les ofrecía.

Ese periódico, para mayor sarcasmo, se llamaba, "La Voz de Cuba"



Juan Ma. Reyes (Nito Reyes)

(Y aquí Torres, irónico, dijo como hablando consigo: ¡Cómo si Cuba expectorase por su boca, hedionda ginebra!

"La Voz de Cuba" era dirigido por don Gonzalo Castañón, hombre funesto para sí y para España; funesto aún después de su muerte, pues su caída arrastró consigo ocho vidas preciosas: divinos mártires que subieron a la Gloria llevando sobre su frente y para mengua de España, la palabra: ¡Inocentes!

Este don Gonzalo Castañón, defendido por la impunidad que siempre presta la sombra al crimen, o por mejor decir, defendido por las bayonetas de esbirros uniformados, no dejaba en todos sus escritos de denostar a los que se habían levantado en viril protesta pidiendo una libertad que en justicia les pertenecía; haciendo de su periódico un vocero de calumnias y diatribas en contra de indefensos cubanos, llegando su asquerosa loba a manchar el sagrado hogar en donde la mujer cubana ponía su pensamiento y su alma votiva, en aquellos padres y hermanos ausentes.

¡Prostitutas! fué el vocablo lanzado por él, y que el cubano, siempre presto al perdón, no devolvió con recíproca ira a la tierra que en maldita hora una reina vendiera sus joyas para mandar a América, el llanto, la desolación, el crimen...

A la par que "La Voz de Cuba" se publicaba en la Habana, aquí, en el Cayo, veía la luz un adalid de nuestra justa causa: "El Republicano"; periódico dirigido y sostenido con inquebrantable fé, por preclaro y batallador periodista, Sr. Juan María Reyes, el cual, y por los fueros de la mujer cubana estúpidamente ultrajada en su reputación, retó desde las columnas de "El Republicano", a don Gonzalo Castañón; éste aceptó el reto, y días pasados se hospedaba en el hotel "Russell House", situado en la calle de Las Banderas, hoy Duval.

Debo advertir que don Gonzalo Castañón tuvo su apologista en el Sr. Constantino Núñez, expedicionario del "Lilian", quien conoció a Castañón en Camagüey y la Habana, habiendo informado al Sr. Reyes, de la política nada limpia de Castañón.

Frente al hotel, y en una casa propiedad de un señor llamado Gregory, estaba instalada, en los altos, la imprenta de "El Republicano"

En la época que narra esta casi trágica novela, vivía en esta un hombre de color apellidado Pereira, mas conocido por el apodo de

Serendengue, el cual llevó la maleta de Castañón hasta el lugar - no lo hubiera creído - que iba a ser en vida su última morada; Serendengue quedó al servicio de Castañón.

Una ocasión, estando Castañón en el portal del hotel en que se hospedaba que, como dije antes, estaba situado frente a la imprenta de "El Republicano", Castañón le preguntó a Serendengue, indicándole para un grupo de hombres que había en la acera de enfrente, quién era de ellos, Juan María Reyes.

Serendengue le indicó para el solicitado, diciendo:

-Aquel; el más chiquito.

Entonces, Castañón resuelto, pidió a Reyes una entrevista y lo citó para el restaurant "El Louvre, situado en la calle de Front, edificio que en la actualidad, y mal que le pese a los años transcurridos, se conserva hoy casi deruido, como un viejo navío vencido por la furia de las olas.

Ya reunidos Reyes y Castañón, éste sacó de un bolsillo un periódico, -"El Republicano"- y se lo presentó a Reyes, diciendole:

-¿Es usted el autor de éste escrito?

A lo que respondió Reyes afirmativamente.

Entonces, Castañón, con el periódico, y lleno de cobarde ira, dió a Reyes una bofetada profiriendo a la vez estas palabras, no de caballero periodista, sí de empedernido rufián.

-¿Es Vd. un rata co...!

Reyes no esperaba la traidora agresión y atolondrado por el rudo golpe, así, a mansalva inferido, salió a la calle gritando:

-¡Cubanos, han ofendido a Cuba!

Y así era: la ofensa, la bofetada, no la recibió la mejilla del Sr. Reyes, sí la de la oprimida Cuba, puesto que por ella se escribió el reto para el hombre que no tuvo la gallardía de dirimir las ofensas recibidas en el campo del honor.

¡La mano que abofeteó la mejilla del Sr. Reyes, rubricó a la vez, su propia sentencia de muerte!

Con el asombro que siempre causan las noticias de grandes catástrofes, así circuló la que por todos fué calificada y a la vez sancionada, ofensa a Cuba.

Entre los probados patriotas -y fueron muchos que retaron,

después del golpe, a Castañón, en buena lid, cinco recibieron de él la negativa; fueron ellos los tres hermanos Botella, Teodoro Cavia y Aceituno.

Castañón no aceptaba de esos señores el gallardo gesto de un desafío, excusándose que de ellos no había recibido la menor ofensa, sí de Reyes de quien se había ya vengado.

Indudablemente, Castañón creyó en ese momento habérselas con un grupo de esos licenciados de las prisiones de Ceuta, que España enviaba en grandes cantidades para proteger los presidios de la América latina.

Pero se equivocó:

Los que retaron a Castañón eran hombres honrados; trabajadores que de su exiguo salario aportaban, sustrayéndole a sus hijos y esposas, una parte para sostener la campaña que en los campos se libraba por la independencia de su patria.

En aquella época, vivía entre nosotros un cubano que se dedicaba al humilde comercio de vendedor de pan: Mateo Orozco.

Enterado Orozco de la negativa de Castañón, se dirigió él sólo al hotel "Russell House", haciéndole proposiciones para un duelo; proposiciones que tampoco aceptó Castañón; pero, ante la insistencia de Orozco o temiendo una agresión, aceptó el reto pero con la preconcibida idea de fugarse antes de que el duelo se efectuara.

El duelo se efectuaría de esta manera:

En uno de los muchos Cayos cercanos al nuestro y a usanza de Córcega, ambos contendientes se amarrarían pierna con pierna, a fin de evitar la fuga de uno de ellos; ya, así sujetos, se atacarían con hachas, hasta que uno de ellos perdiera la vida; con la condición, entre ambos de dejar un documento en el cual constaría la muerte por suicidio.

¿Acudiría Castañón a la cita el día prefijado?

¿Tendría la suficiente entereza de espíritu para responder a tan viril reto que significaba Vida o Muerte?

No; Castañón, siempre ladino, preparó la fuga en un vapor de reses llamado por sobrenombre La Vaca, vapor que debía zarpar para Cuba, el día de la cita.

Enterado Mateo Orozco de la proyectada huída de Castañón, gra-

cias al aviso dado por Panchita de Cárdenas, una hija del Sr. Miguel de igual apellido, quien le dijo, frente a su casa:

—Orozco, ¿Vd. no sabe que Castañón se embarca esta tarde?

Orozco sorprendido, abandonó su mercancía y corrió hacia el hotel Russell House, en busca de Castañón y dirigiéndose a él, le increpó enérgico, de esta manera:

¿Usted no quiere batirse conmigo?

Castañón, molesto, dió a Orozco un empujón. Entonces, Orozco, ofendido, casi colérico, dió a Castañón dos bofetadas, diciéndole antes:

—¿Cree Vd. que yo soy el viejo que Vd. ayer atropelló?

Ante la justiciera agresión de que fué objeto, Castañón sacó el revólver disparando sobre Orozco.

Este, sin armas para su propia defensa, se lanzó escalera abajo en busca de un apoyo pues en ese instante jugaba cara a cara su vida; Calixto Alvarez, uno de los que acudieron a los primeros disparos, viendo lo desigual de la pelea, armó la mano de Orozco y comienza entonces un duelo a muerte: Castañón disparaba desde lo alto de la escalera, y Orozco, desde la puerta central.

Castañón tiraba sin tino; lo demuestra el haber sido roto un cristal de la luceta de la puerta de entrada por uno de los proyectiles.

Orozco, más afortunado o mejor tirador, hirió a Castañón, en la boca; y otro tiro, tal vez el postrero, en la ingle, causándole la muerte en el acto.

Antes de caer, Castañón parodiando a un guerrero de la hispana estirpe, gritó:

¡Viva España con honra!

Después se descubrió en el cadáver, que su cuerpo lo cubría una cota de malla.

Ironías del Destino: un alma cobarde latiendo tras una coraza de acero, y una bala justiciera que hace enmudecer la boca de quien, gratuita y depravadamente ofendió a la mujer cubana.

Momentos después las autoridades acudieron al lugar o teatro de este drama que a mí se me aatoja llamarle Justicia Divina, y..... nada.

De Orozco, dicen que mediante la protección de un oficial de ma-

rina del crucero Tennessee, el cual, según se cree, era Masón, lo llevó hasta Nassau; después se supo que Orozco había muerto en Jamaica.

Hasta aquí -terminó diciendo mi amigo Torres—los hechos que como negras mariposas rondan en torno de mi ya casi marchita existencia

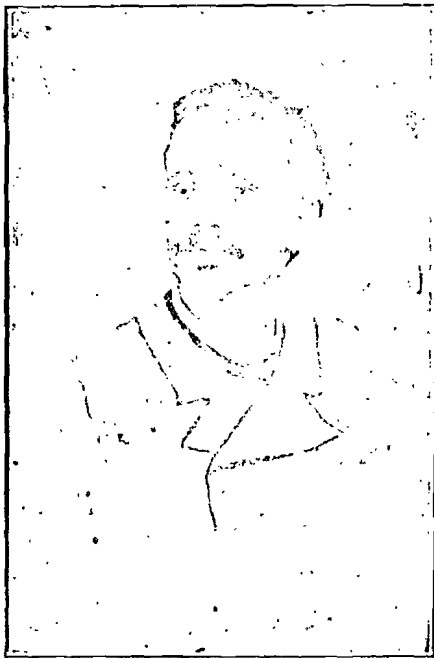
Y la voz del viejo emigrado se extinguió en un suspiro de llanto, tal vez al recuerdo de Cuba, para quien fueron los primeros alegres pensamientos de su juventud y serán las últimas lágrimas de su vejez.



LOS PRIMEROS EMIGRADOS

Recuerdo muchos nombres de los primeros emigrados que llegaron al Cayo entre 1869 y 1878. Hé aquí algunos:

Francisco Valdés Acosta, Juan Serafín Navarro, Rafael Velasco, expedicionario de "El Salvador"; Tomás Tejeda, Carlos Borrego, Nicolás Valdés Navarro, Rafael y Enrique Valdés Navarro, Jacinto, José y Baldomero Velasco, Manuel Barrabí, Sixto Moya, Daniel Vargas, Ciriaco Estévez, Sixto Fernández, Guillermo Betancourt, Joaquín León, Teodoro Pérez, José Castellanos Velasco, Juan Ma. Navarro, Vicente Velasco, Romualdo Pérez, Julio Gutiérrez, Estéban Menocal, José Acosta, Manuel Cruz Vidal, Manuel y Cayetano Láziz, Carlos Chávez, Lorenzo Muñoz, José González Mendoza, Agustín López, Tomás Lazo, P. Lazo de la Vega, Rafael Lazo, José Varela, Antonio y Norberto Betancourt, José Silverio Rodríguez, Tomás Grillo, José Dolores Poyo y Estenoz, Andrés Alpizar, Antonio Pérez Rolo, Martín Herrera, José Machín, Feliciano Velasco, Francisco Acosta, Pancho Rodríguez, Gabino Solaz, Pancho González, Pedro Machín, José Rosario Jiménez, Pedro Jaques, José Chacón, que capturó al "Comanditario" y por eso fué deportado a Ceuta; Pancho Pancho, Juan Ma. Reyes, José Pita, José Inés Lounders, Enrique Chávez, Ricardo Cabañas, Antonio Rivero y Armenteros, Andrés Alvarez y Medina, Avelino Delgado, Juan Cañizares, José P. Perdomo, Francisco Camellón, Pantaleón Suárez, Benito Alfonso, Francisco Rivero, Benigno y Augusto la Fé, Tomás Balbona, Vicente Martínez Ybor, don Fernando Valdés, Manrara, Juan Alcántara, Federico León, Luís y Mateo Someillán, Francisco Diaz, Desiderio Farnet, José Eduardo, Francisco y Toto Albertus, Francisco Alfonso, Juan Ramírez, Eduardo H. Gato, Inocencio León, Juan Terry, Marcos Rodríguez, Andrés Estévez, José y Antonio Bolaños, Carlos V. Quesada, Salomé Pérez, Manuel Avalos, Ramón Barrios, Regino Chile, Francisco Baeza, Estéban Purcias, expedicionario de "El Salvador", muerto en los campos de Cuba; los hermanos Botella, expedicionarios del "Lillian", muertos también en los campos de Cuba; Inocente León, maquinista del "Lillian"; José Pizano, Julio Alba, doctor Luís González, José



Don Gonzalo Castañón

Cristóbal Morilla, José Valdés Roig, Apolonio Alvarez, Alejandro Cartaya, Mateo, Juan y Pedro Orozco, Lillo Fleitas, Antonio Ruiz, Diego, Domingo y Juan Andreu, José y Juan Parra, Andrés Aguiar, Patricio González, Lillo Corrales, Luis Felipe Corrales, expedicionario del Lillan, Antonio Corrales, Victor Martinez, Antonio Cordero, José Estrella, Gaspar Arnao, Ibraim, Francisco y Domingo Milord Juan de Armas, Carlos y José Magriñat, José y Manuel Tancredo, José Cortina, Ismael, Pedro y Juan Calleja, Manuel Díaz, Antonio Morejón, Juan Molina, Angel Truébano, Rafael Espada, Calixto Sánchez, José Alvarado, Aurelio León Toledo, Estéban Caldo, Narciso Lufriu, Nicanor González, José H. Cairo, Gerardo y Eduardo Castellanos, Juan Soto, que capturó con Perico Cestero y otros, el vapor de la marina mercante española "El Comanditario", Pablo González, Pío Guerra, Antonio Rodríguez Fuentes, José y Joaquín Casuso, Juan Enrique Fontanills, Patricio, Atilano y José Medina, Juan Calzadilla, Bartolo (de color), Eduardo Paredes, Vicente Cremata, Juan y Pedro Baso, José Cordero, Francisco Villavicencio, Carlos Galán, José y Antonio Figueras, Felipe Carbonell, Silvestre Nisperusa, Luis Galván, Emilio García, Nemesio Suárez, Perfecto Rencurrel, Juan Rencurrel, Luis Viera, Lino Infante, Antonio Huerta, José Fernández, Manuel Macario, Estéban y Enrique Parodi, Dr. Manuel Ramos, Dr. Juan Sáez, profesor Manuel Mendoza, profesor Juan Gonzalez de Mendoza José Picasio, Luis Cabott, Luis Valdés, Miguel, Francisco y José Silva, Miguel Silva, (padre), Ramón Perdomo, José Medina Naranjo, Agustín Farrás, Juan López, Joaquín Rodríguez, Francisco Ajaístron Juan Valdés, Antonio, (Asiático) Pancho León, Ramón Balmascada, Manuel Zancabi, Ignacio Saladrigas, José y Felipe Pimienta, Federico Camero, los hermanos Agramonte (de color,) Gabriel Pérez Rolo, Melitón Mendoza, Matías Dilla, Rafael O'Hallorán, Gabino Pérez, Laureano Vargas, Laureano León, Angel Santana, Carlos Martínez, Martín Mestre, Juan Bautista Baez, Tomás Mendoza, Alejandro Menéndez, Antonio Ríos, Cristóbal Acosta, José de la Rosa, Rafael Sánchez, conocido por [Calderita], José y Manuel Quintero, Antonio Madruga, José Espinosa, Juan la Rosa, Santiago Montero, Enrique, Justo y Francisco Torres, Agustín López, Tomás Acosta, Manuel Mendoza, Antonio y Francisco Lacedonia. Este último, expedicionario

del "Lillian", Victorino y Juan Lazo, Ignacio Silvera, "Maracantolla" Carlos Torres, Miguel Iduate Luis Parra, Francisco Pérez, José Capote, José Blanco, Lencho Jiménez, José y Juan Ramírez, Ignacio Delgado, Rafael, Francisco y Luis Villarreal, José de la O Rivero Hipólito Albertus, Ignacio López, Alejandro Perdomo, Agustín Delgado, Agustín Cervantes, Serafín Arencibia, Enrique Rojas, Tomás Rojo, Eduardo Duval, Carlos Pulgarón, Agustín Torres, José María Villarreal, Antonio Sánchez, José Camus, Rafael Camus, Agripino Avila, Marcelino Cerantes, Estéban Velazco, José de la Luz, Benito, Eulogio y Evaristo Rodríguez, Teodoro Rodríguez, Cayetano Lallanilla, Casimiro Estévez, Miguel, Justo y Marcelino Díaz, José Salgado José Penichet, Francisco González, Felipe Aguiar, Santiago Zamora, José Roque Fuentes, Angélo Figueredo, Juan Pedro y José Romero, Manuel, Salomé y Antonio Escasí, Manuel Patricio Delgado (padre) Bernardino Díaz de la Rosa, Francisco y Manuel Romera, Leopoldo Valdés Báez, Ibraím Poyo y Estenoz, José Castellanos Naranjo, Desiderio Báez, Joaquín Romaguera, Tiburcio Carrasco, Marcelino Eguino, Antonio Fuentes, Antonio y José Chacón, Rafael Leal, José Pérez Coto, José Milián, Ricardo Cabañas, Laureano Mesa, Antonio Oropesa, Antonio Rodríguez, Manuel del Pino, Federico de Armas, Carlos Ayala, Fernando de Armas, Cecilio Henríquez, Severo de Armas, Amado Rodríguez, Manuel Rodríguez, Feliciano Incera, Juan Valdés Díaz, Ignacio y Agustín Soriano, José Valdés Fuente, Desiderio Castellanos, Francisco Serrano, José Díaz, Anastasio González, Pedro González, Rafael González, Sabino Hernández, Julian Asencio, Jacinto y Nolasco Borroto, Alejo H. Gato, Juan, Marcelino, Guadalupe y Tomás Hernández, Justo, Manuel, Antonio, y Estéban Chávez, Miguel Zamora, Juan Marrero, (expedicionario del "Salvador") Luis Cruz, Bernardino Crespo, Juan e Ignacio Rubio, Juan Romera, Francisco y José León Castillo, Pancho López Ochoa, Pancho López Flores, Tomás y José Borges, Luis Lariz, Camilo Duarte, José y Jesús Perdomo, Isídoro Apodaca, Gabino Hernández, Serafín Cruz, Carlos Baliño, Juan la Guardia, Evaristo Ríos, Ramón Valdés, Cecilio Marcial, Juan, Manuel y Antonio Ebra, Santiago Hernández Osorio, Gregorio, Rafael y José González Curbelo, Atilano Torres, Antonio Marcelino Castillo, Gerónimo Bonilla, Bivián Rivas,

Alejandro Torres, Pedro Duarte, Virgilio y Manuel María Cordero, Francisco Fernández, Cecilio Crespo, Enrique la Olla, Francisco Valdivia, Barbarito Marrero, Nené Marrero, Don Miguel Morales, Agustín Torres, Francisco Borrero, Eduardo Duarte, Cesar Catalá (español). Este joven se envenenó cuando supo que no lo dejaban tomar parte en la expedición del "Virginus", por estar completo el número de expedicionarios. Él creyó que no lo dejaban embarcar por ser español. Es uno de los mártires de la independencia de Cuba. Antonio Laberón, José Landroba, Cecilio Borges, Manuel Gutiérrez, Ramón Rivero y Rivero, Lorenzo Valdés, Lencho Muñoz, Oscar Martín, Modesto Azpeitia, Mateo Someillán, Matías Cabrera, Catalino Carrasco, Juan la Rosa, [primer emigrado que muere en la emigración] Vicente Sardiña, Mariano Balaguer, hijo de la indómita Cataluña. En una romería que se celebraba en la Chorrera, gritó: ¡Viva Carlos Manuel de Céspedes! Siendo, por ello, golpeado por los voluntarios.

Se trasladó al Cayo donde residió hasta la terminación de su vida. Su nombre aparece en el Panteón de los Mártires, en honor a sus sacrificios por la independencia de Cuba. Justo del Valle, Florencio Aguirre, Andrés Estévez, José, Antonio y Blas Martínez, Melchor Carrasco, Manuel Pérez del Valle, Francisco García, José Mena, Pedro Reinaldo, [Perico Angurria], Manuel Granda, [Manungo], Genaro Angulo, Dr. Juan Aguirre, profesor de San Carlos 1872, Eduardo Henríquez, Bernardo Millares, Manuel Vichott, Tonilo Guerra, Juan Guerra, profesor de San Carlos 1874, Miguel Figueroa, profesor de San Carlos, 1871, Blas López Pérez, profesor de San Carlos 1872. Aurelio Silveira, profesor de San Carlos, 1873. Alejandro Menéndez, primer profesor de San Carlos, 1871. José García Toledo, primer profesor de San Carlos al edificarse la casa cubana en la calle Duval en 1874. Adolfo Díaz Silveira, Dr. Enrique Esquinardo, los hermanos Angueira, expedicionarios del Lillian. José Cano, José Ma. Fuentes, Manuel Contrera, Cecilio Roger, Cristobal, Máximo y José Jiménez, Antonio Foncuberta, Dr. Manuel Ma. Moreno, Dr. Federico Hofman, Pablo Pedro Callejas, Miguel y Manuel Ordúñez, Manuel Núñez, Domingo León, Rafael Boada, Domingo Granados, Juan Español, Manuel y Domingo Vildóstegui, Manuel Mariño, Manuel Meriario, Benigno y Gregorio Cruz, Ramón Espejo, Ramón Valdés, Fran-

cisco Valdés Izquierdo, Enrique Someillán, (padre) deportado a Fernando Poo. Luis Someillán, primer Presidente de San Carlos. Manuel Cabello, Sixto la Fuente, Rafael y José Medina, Lino Barrios, Manuel Taño, Ramón Barrios, Anselmo Zamora, Isidro Nievas, Alfredo Torres, Luis Acosta, Carlos Recio, José, Fillo y Lolo Toledo, Francisco Milián, Manuel Valdés, Rafael Brillante, Rafael Uriola, Victoriano Venegas, Pedro Córdovas, Federico Camero, Demetrio Zans, Franchi Alfaro, expedicionario del Salvador, Ricardo Cabañas José Fernández, que pereció con su sobrino en un incendio en 1875 Jaime y Manuel Mira, Baldomero, Jacinto y Rafael Velazco, este último expedicionario del Lillian, Gabriel Pérez Rolo, Ismael Callejas y algunos otros que no recuerdo.

Como he dicho anteriormente, los primeros emigrados habían fundado distintos Clubs y Sociedades de Recreo; pero carecían de un lugar apropiado para las reuniones de la colonia cubana, para celebrar asambleas, funciones etc.

Para obviar estas dificultades, surgió la idea de la fundación de San Carlos. Idea de un cubano batallador incansable, pequeño de cuerpo, pero grande de alma, un cubano que desde las columnas del "Zurriagazo" y "El Siglo", en la Habana, y por último "El Republicano", en Key West, laboró siempre por la independencia de su patria y por la instrucción de la niñez. Este cubano era Juan María Reyes, el que, mas tarde junto con Carlos Manuel de Céspedes y otros, aceptó una comisión del Partido Republicano, que tenían que desempeñar en Tallahasee, y a su retorno a esta en el vapor "Emilia", naufragó pereciendo ahogado.

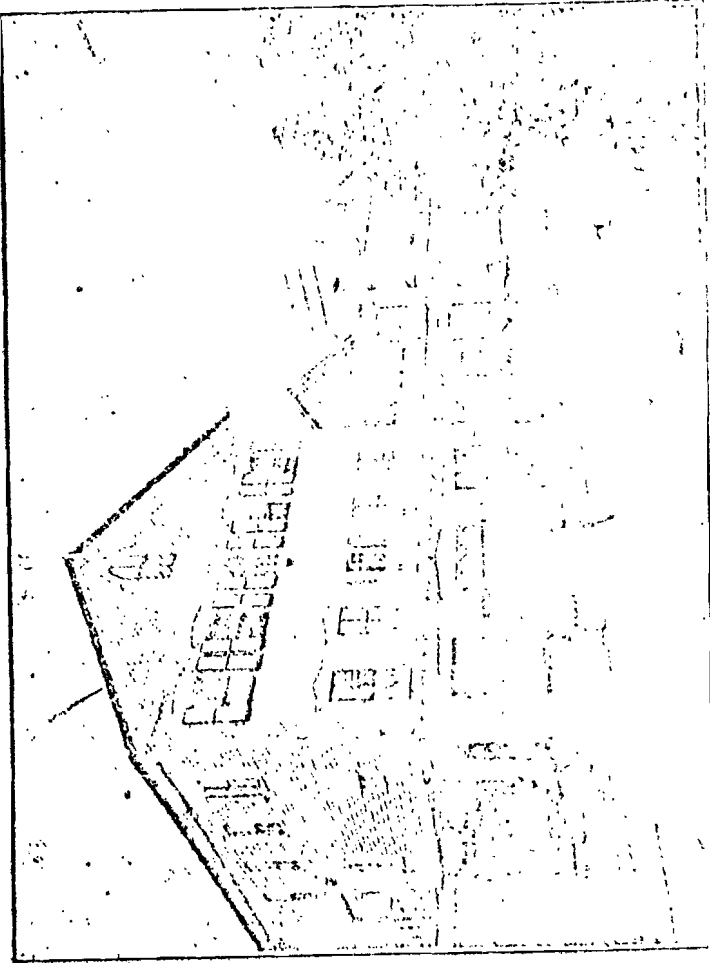
Reyes había hecho partícipes de su idea a los señores José V. Fuentes; Benito Alfonso, Martín Herrera, José Romero, Lorenzo Muñoz, Pepe Chacón, Ramón Perdomo, José de la Rosa, Eduardo Paredes, José y Rafael Medina, Modesto Azpeitia, Tomás Grillo, Fernando de Armas, José González Mendoza, Antonio Fuentes, Vicente Bueno y otros, los que se reunieron llevando a cabo la fundación de dicho Club. Discutieron el Reglamento y lo aprobaron, acordando contribuir cada uno con la cuota de \$2.50 mensuales.

En aquella reunión se trató de ajustar el Club a las leyes vigentes en esta ciudad, a cuyo efecto se nombró un comisionado para que se entrevistase con un abogado, recayendo la comisión en el Sr. Juan María Reyes, como el más capacitado para ello.

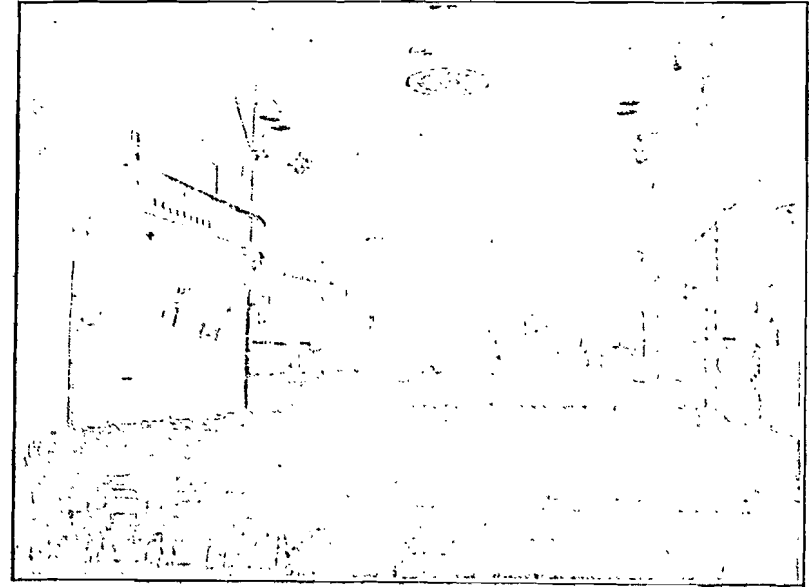
Reyes se entrevistó con el abogado Patterson, que había sido discípulo de Luz y Caballero. Patterson le manifestó que el único medio de eximir de contribuciones al Club San Carlos, era dedicar sus fondos a una obra benéfica. Fué entonces que se acordó por los arriba mencionados, darle al Club el carácter de Sociedad de Instrucción y Recreo, y crearon las escuelas de varones, dándoles el nombre de "Carlos Manuel de Céspedes", primer Presidente de Cuba Libre.

Las escuelas se inauguraron el 22 de noviembre de 1871. El primer profesor de San Carlos fué Alejandro Menéndez, y los primeros discípulos, Luis Someillán, Juan Alcántara, Francisco, Rafael y Claudio Milián; Celestino y Manuel Pérez; Leopoldo y Manuel Valdés Báez; Leopoldo Valdés; José Cortina; Estéban y Manuel Domínguez; Hdefonso Quesada; Jacinto y Fernando Chile; Francisco Romero; José y Chichí Ramírez; Luis Llerena; Francisco y Fernando Perdigón, Domingo Chávez, Federico Valdés, Juan Noroña, Ramón Rojo; Hdefonso Salgado, Máximo Jiménez; Luis y Tomás Machín; Ismael Pérez, Antonio Díaz de la Rosa; Estéban Caldo; Juan Bazo; Antonio Figueras; Francisco y Luis García; Sixto Suárez; Ramón Silva; Eladio Perdomo; Ignacio Saladrigas; Florindo Camero; Carlos y Emilio Martínez; Juan y Luis Parra; José Arencibia; Pedro Oliva; Feliciano Incera; Andrés y Tomás Marrero; Lorenzo Aguirre; Manuel y Domingo Vildóstegui; Francisco Venega; Luis Avalos; Leonides Purcia, José Arnao; Guillermo Sorondo; Tomás y Rafael Lazo; Juan Pérez Rolo; Enrique Chávez; Domingo Chávez; Arcadio la Rosa; Luis Pedraza; Tata Gómez; Pedro Romero; Atilano Fernández, Manuel Contreras.

Después de haber tratado, si bien a la ligera, del origen del Club San Carlos, de los fines para qué fue creado y de cómo y por qué se crearon sus escuelas, voy a reseñar su historia, como Club y como plantel de enseñanza, por ser yo uno de los supervivientes de aquellos niños que asistieron a la apertura de las escuelas



San Carlos ensanchado por Martín Herrera y reedificado por
José G. Mendoza



Interior de San Carlos, donde fué recibido Martí

En sus primeros tiempos, San Carlos se sostenía, con las cotizaciones de sus miembros y el producto de bazares y funciones. Así se sostuvo por algún tiempo querido y respetado por todos; pero el entusiasmo fué decayendo, y empezó la apatía entre los asociados con respecto a la cotización, pues como todas nuestras cosas, pronto nos cansamos y echamos por tierra lo que con sacrificios levantamos.

¿Qué aconteció entonces? Se disolvió el Club San Carlos? Faltaron los recursos para sostenerlo? Lo cierto es, que el local fué abandonado y sus escuelas fueron trasladadas a un edificio que había sido un teatro de americanos, el cual edificio existe aún, gracias a unos cuantos cubanos como Martín Herrera, Benito Alfonso, Bernardino Díaz de la Rosa, Vicente Bueno, Luis Someillán, Nito Reyes, J. D. Poyo, José Romero, José V. Roig, José C. Morilla y otros.

En ese edificio estuvieron las escuelas un corto tiempo, siendo profesor el Sr. Juan Guerra. De allí, las trasladaron a un local en la calle Green.

En este último lugar, fué profesor el joven estudiante de medicina, Sr. Aurelio Silvera.

Ya había desaparecido San Carlos como Sociedad de Recreo; pero Martín Herrera, el luchador incansable por todo lo que exaltciera la emigración, que veía en San Carlos una reliquia, al cual amaba como se puede amar a un hijo, no podía ver con indiferencia la desaparición de la Casa Cubana, y poniéndose de acuerdo con los individuos antes citados, amantes de San Carlos y la educación de la niñez cubana, gestionaron la compra del terreno donde se edificaría el nuevo edificio propiedad de la colonia.

Se eligió el terreno al efecto y se compró, adelantando el dinero el Sr. Bernardino Díaz de la Rosa. El terreno fue comprado, según consta en el Registro de la propiedad, a Mr. Witaker en la suma de ciento cincuenta pesos, la compra la efectuaron los Srs. José Dolores Poyo y Estenoz, José Valdés Roig y José Cristóbal Morilla.

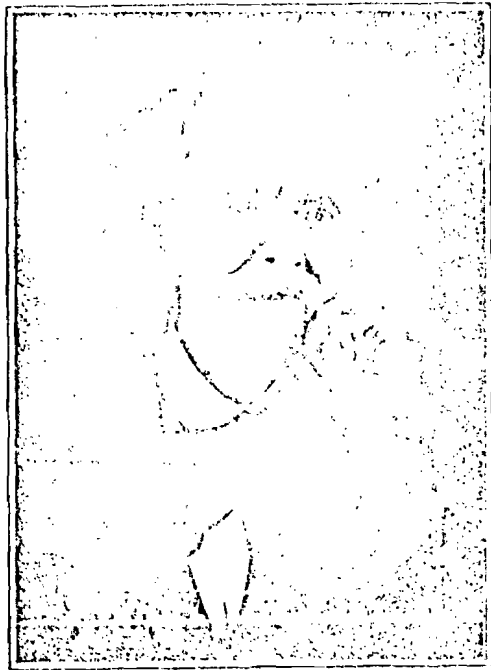
Martín Herrera, entonces, empieza sus gestiones en pró de la fabricación obteniendo un éxito franco entre los cubanos emigrados que sólo vivían por Cuba y para Cuba, siempre pensando verla libre e independiente como la soñaron Céspedes, Aguilera, Agramonte, Calixto García y tantos preclaros cubanos que derramaron su preciosa

sangre en holocausto de la libertad. El año 1874 se levanta arrogante San Carlos el cual había de representar una de las páginas más gloriosas en la historia de nuestras tres luchas por nuestra independencia. Al inaugurarse San Carlos, se nombró la Directiva recayendo el nombramiento de Apoderados en los Srs. J. D. Poyo, J. V. Roig y J. C. Morilla, inaugurándose también las escuelas para niñas con el nombre de Francisco V. Aguilera. Los primeros profesores de éste nuevo San Carlos, José García Toledo y su esposa Elisa Figueredo de Toledo. Las primeras niñas que asistieron a las escuelas de San Carlos, fueron: América y Rosalía León, Altagracia Cruz, Liboria Urrutía, Nicolasa Aragón, Matilde Noda, Rosario Bello, Sofía y María Pérez, Isabel, Mercedes y Olaya Díaz de la Rosa, Antonia Arteaga, María Arteaga, Aurora Camero, Rosa y Clotilde Valladares, Juana Crespo, Adela Reyes, Cusa Bello, Dolores Silva, Justa Valdés, Paulina Valdés, Mercedes Valdés, Viviana Castro, Josefa Valdés, Dolores Aragón, Ana y Luisa Corrales, Adelaida y Rosario Santana, Rita Hernández, Petrona Cabañas, Angela y María Rivero,

San Carlos gozó de prosperidad por algún tiempo, pero debido a la contribución para la patria y escasez de trabajo, tuvo su decadencia, al extremo de faltar los recursos para pagar el profesorado, gracias a Martín Herrera y a José Romero, este último era dueño de una tienda de víveres que a cambio de vales que Martín le daba, proveía al Sr. Toledo de lo necesario para su subsistencia, así como los libros para los niños, y cuyos débitos casi nunca eran saldados. José Romero fué un gran benefactor de San Carlos.

A la muerte de Toledo, le sucedieron como profesores, Borrero Echevarría, Portillo y otros.

Volviéron a cerrarse las escuelas por las mismas causas, pero las escuelas no podían permanecer cerradas mientras hubiera cubanos que amaran la Institución donde habían recibido instrucción tantos niños; aún quedaban discípulos agradecidos que estaban dispuestos a sacrificarse en bien de San Carlos y sus escuelas, para cuyo efecto se citó a todos para la morada del amigo y condiscípulo Antonio Díaz de la Rosa para formar una Directiva. Entre los que asistieron se encontraban Antonio D. de la Rosa; Manuel Domínguez; Arcadio la Rosa; Juan P. Rolo; Juan Alcántara; Antonio Díaz Carrasco; Ela-



Martín Herrera

dio Perdomo y otros, nombrándose, la cual salió electa en las siguientes elecciones; siendo su presidente Manuel Domínguez; tesorero Antonio Díaz de la Rosa, abriendo éstos de nuevo los colegios, sosteniéndolos por algún tiempo con el producto de funciones y bazares; pero bien pronto se vió que los recursos eran insuficientes.

Entonces, el padre de San Carlos, el incansable Martín Herrera se decidió a continuar las escuelas por medio de rifas y pidiendo a todo el mundo..... Así logró Martín levantar a San Carlos. No sólo celebró funciones de aficionados, sino que trajo compañías de Cuba, bufos cubanos, y organizó bailes trayéndose para ello la reputada orquesta de Raimundo Valenzuela.

Mas la fatalidad no cesó de perseguir a la Casa Cubana: cuando más próspera se hallaba, vino su destrucción total por medio de un incendio, el 30 de marzo de 1886, incendio iniciado en un café contiguo al edificio de San Carlos. Este fuego, destruyó la mayor parte de la ciudad dejando a numerosas familias sin hogar, cediendo el Comandante de los Cuarteles las Barracas para que se albergasen.

La noche del fuego, actuaba en San Carlos la Compañía de Bufos cubanos del Sr. Miguel Salas, poniéndose en escena un sainete titulado "No hay humo sin fuego," a beneficio del Sr. Tizón. Tomaban parte en aquella función, los Srs. Salas, Calie, Prado, Santiago Lima Santiago Zamora, el Catalancito, Ramito, la Meireles, y Sara Tizón.

San Carlos no era ya sino un montón de ruínas. Todo había terminado al ser consumido por las llamas, la reliquia, el Templo sagrado del patriotismo cubano.

Después del pacto del Zanjón, arribó al Cayo una emigración desconocedora de lo que significaba San Carlos para los emigrados del 69. Para ellos bien poco les importaba que hubiera o no San Carlos; pero la indiferencia no estaba en el ánimo de todos; aun existían cubanos fundadores de la Casa Cubana e hijos de éstos, que no se conformaban con ver el solar desierto y para los cuales San Carlos era una necesidad.

¿Quién levantaría el nuevo San Carlos? ¿Quién reviviría aquella gloria cubana convertida en cenizas? ¿Quién había de ser? Aquel que todo lo diera ya por sostenerlo antes del fuego: Martín Herrera, el incansable luchador. Para Martín la desaparición de San Carlos, era

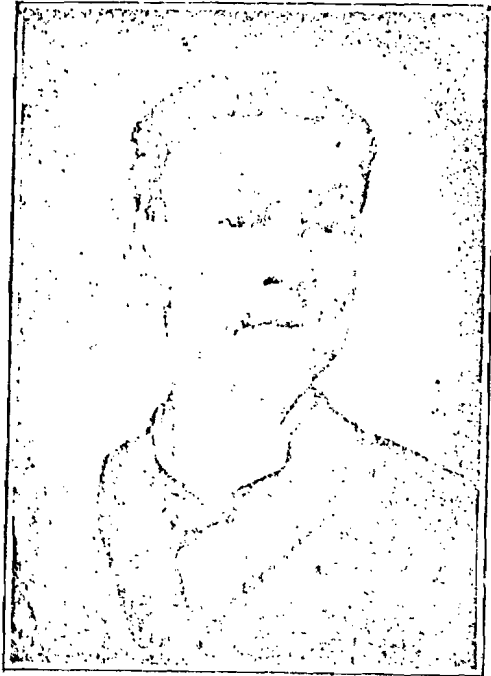
así como la pérdida de un hijo; sin Martín, no hubiese habido San Carlos.

Martín busca de nuevo la manera de recaudar fondos para la obra. Emprende una vez más su tarea: se dirige a los talleres de tabaquería pidiendo para San Carlos, le pidió al pueblo, al comercio y a las autoridades. Daba pena cuando Martín entraba en las tabaquerías y escalaba las tribunas de los lectores, los tabaqueros le llamaban "bruja" y él les decía "majúas," pero firme en sus propósitos levantó de nuevo a San Carlos. Pero en qué condiciones! Faltaba el mobiliario, pero Martín no estaba solo, y tuvo una compañera que lo ayudase a terminar la obra; Mercedes Borrero de O'Reilly que formó una sección de declamación de aficionados y con el producto de esos espectáculos se compraron los asientos para el teatro. Ya terminado San Carlos de un todo, estuvo próximo a ser embargado por el arquitecto Sr. Francisco Camellón por débitos de materiales. Concedor el Sr. Teodoro Pérez por medio del Sr. Hunt Harris abogado del Sr. Camellón, del peligro que amenazaba a San Carlos, se comunicó por cable con Eduardo H. Gato que se encontraba en New York, poniéndolo en autos de lo que acontecía, remitiendo éste creguiña un giro por cable, también los Srs Teodoro Pérez y Remigio López Trujillo contribuyeron para pagar esa deuda. De lo que voy relatando pueden dar fe los emigrados de aquella época, que viven todavía en Cuba, Tampa y Key West.

El año 1891, encontrándose Martí en Cayo Hueso y siendo San Carlos muy pequeño para el público que acudía a oír la palabra del Apóstol, le sugirió a idea a Martín de ensanchar a San Carlos. El gremio de escogedores, institución netamente cubana, poseedora de una parte de terreno al fondo de San Carlos, lo cedió gratuitamente para ese fin, y las obras de ensanche se llevaron a efecto, y San Carlos se sostuvo próspero hasta la terminación de la guerra por la independencia, cuando los cubanos del Cayo marcharon, unos para Cuba y otros para Tampa.

Martín Herrera también se trasladó a Cuba y San Carlos por la ausencia de él, fué desmoronándose, hasta llegar a una situación calamitosa.

Años después de la terminación de la guerra, Martín Herrera re-



José Romero

gresó al Cayo. Al encontrarnos con él, después de abrazarnos y hablar de diferentes asuntos, me dijo: "Cómo es eso que los cubanos dejan caer a San Carlos? Es menester sostener esa reliquia, pues ella representa el honor y el prestigio de la colonia cubana". Y añadió: "Yo me encargaré de eso".

Efectivamente, Martín se entrevistó con José González Mendoza y después de hablar del asunto de San Carlos, lo citó para un cambio de impresiones, lo mismo que a un gran número de alumnos del año 1871 en el local de San Carlos.

Por aquel entonces se tiraban en esta, dos loterías, una de Eduardo Henríquez y otra de José González Mendoza, antiguo emigrado y fundador de San Carlos.

Una vez reunidos, Martín les da a conocer a los presentes el objeto de aquella reunión, y dirigiéndose a Mendoza le expuso la situación en que se encontraba San Carlos, y le dijo: "José, tu estás tirando una lotería y nadie mejor que tú puede salvar a San Carlos. Tú pagas por tirarla en otro lugar. Tirala aquí." Mendoza contestó que él estaba dispuesto a realizar cuanto estuviese en su mano, pero que tenía que contar con el consentimiento de la Directiva. Entonces uno de los presentes, un joven que acaso desconocía la manera cómo se había sostenido San Carlos, objetó que le parecía incompatible la instrucción de la niñez por medio del vicio. Martín le repuso que tenía razón, al expresarse así, pero que San Carlos desde su fundación se había sostenido por medio de rifas, bazares y funciones, que tuviera en cuenta que San Carlos nunca tuvo subvenciones sino las dádivas del pueblo y los métodos antes citados, y volviéndose a Mendoza, Martín le insistió: Tira la lotería y salva este plantel que es la honra de la emigración.

Mendoza así lo hizo y, de una casa en ruínas, levantó un edificio magnífico que le costó más de \$24,000, abriendo las escuelas y sosteniéndolas de su propio peculio por más de un año.

Ya terminada la obra, fué elegida una Directiva, siendo su Presidente el Sr. Antonio Canalejo y Administrador Frank Fleitas, el teatro fué arrendado con un contrato por un año al Sr. Harry Burguet dando buen resultado.

Aquí diremos algo que atañe a la colonia cubana del Cayo, en lo concerniente a sus derechos sobre la Casa del Pueblo, sobre San Carlos.

El Reglamento de la institución San Carlos, fué hecho en un tiempo en que para sostenerlo, era necesario alquilar el teatro, por aquel entonces no se conocía el cinematógrafo y sólo efectuaban espectáculos netamente cubanos, compañías de bufos que venían de Cuba y cuadros de aficionados de la localidad, estando San Carlos siempre a la disposición del pueblo, pues según su Reglamento el local será pedido a la Directiva con veinticuatro horas de anticipación. En ese entonces, cuando el pueblo trabajador, el pueblo que contribuyó con su óbolo para levantar ese edificio lo necesitaba se reunía en él, lo mismo que todo cubano distinguido que a esta llegara congregándose la colonia en su propia casa.

Al establecerse el cinematógrafo en San Carlos haciendo la Directiva contratos por años excluyendo sólo los días de fiesta nacional, se ha dado el caso de haber llegado a esta connotados cubanos, como el insigne patriota Gonzalo de Quesada, el cual no pudo reunir su pueblo en la casa cubana donde el sublime Martí desde su tribuna le hablase a su pueblo. Lo mismo aconteció con la llegada a esta de los restos de aquel gran patriota, Francisco Vicente Aguilera; de aquel patricio inmaculado, el que con el padre de la Patria, Carlos Manuel de Céspedes se lanzaron a los campos en la gloriosa mañana del 10 de Octubre en la Demajagua al grito de: ¡Viva Cuba Libre e Independiente!; el cubano que junto con Cisneros Betancourt, arribaron a este Cayo procedentes de los campos de Cuba libre con su traje raído, rehusando uno nuevo que se le ofreciera, alegando que ese dinero debía emplearse en armas; el gran patriota cuyos restos mortales fueron expuestos en Capilla Ardiente por mandato de las autoridades de New York en la Casa Consistorial donde se izó la bandera de la gran nación americana a media asta rindiéndole los honores de que era digno el gran cubano, honor que no se había desperdado en este país a ningún extranjero.

Al ser trasladados sus restos de New York a Cuba, y arribar al histórico Cayo Hueso, tuvo la Directiva de San Carlos, que abonar al Sr. Aurlío Torres empresario que tenía arendado el teatro, la



DR. J. M. RENEDO
que presidió la Directiva de San
Carlos, que tuvo y tiene la gloria
indiscutible de haber levan-
tado el bello edificio que
posee actualmente
San Carlos.

cantidad de \$175, por el tiempo que estuvieron expuestos los restos del gran caudillo, del gran Aguilera, en la casa cubana; en la casa del pueblo.

¿Debido a qué aconteció esto? A la necesidad que han tenido esas directivas de hacer esos contratos para sufragar los gastos que origina ese plantel.

De ahí que, la colonia cubana dejase de asistir a San Carlos, pues todo en él es ajeno al sentir de nuestro pueblo.

Y así fué decayendo el espíritu cubano, hasta el patriotismo parece que se adulteró y que las glorias cubanas vinieron a menos en la emigración. Tal vez esto sucediese, no porque no haya cubanos que sienten, sino porque los mentores de nuestro pueblo, aquellos que tantas veces con sus prédicas, infiltraban en el corazón de sus conciudadanos el cariño a la patria y a todo lo que enalteciera al pueblo cubano, ¡aquellos ya no existen!

Hoy San Carlos es propiedad del Gobierno de Cuba, por voluntad expresa del pueblo cubano que vive en este Peñón. El pueblo cubano del Cayo usufructuará al nuevo edificio, según el Convenio firmado por el Gobierno cubano y la Directiva de San Carlos.

Ahora San Carlos debiera de volver a ser lo que fuera un día: la Casa Cubana, porque ya no es el mendigo: tiene ya su vida asegurada y no debe utilizarlo más que este pueblo.

Al escribir estos recuerdos, ya lo dije, es para dedicarlos a aquellos cubanos que aún conservan en sus corazones algo para los grandes de la patria, y por eso sería un hipócrita si no dijese cuanto mi alma siente como cubano.

Día a día, me siento más triste al ver cómo se ha ido borrando el sentimiento patrio en este bendito Cayo, donde la mayoría de nuestras juventudes parece que viven en un pueblo sin historia, sin vestigio siquiera de lo que esto fué para Cuba y la libertad de aquel pueblo.

¿Es que tenemos a menos nuestra patria, nuestras costumbres, nuestras tradiciones? ¿Es que aborrecemos nuestro dulce idioma?.....

Los grandes hombres de nuestra libertad, sus proezas, ¿no dicen nada a estas juventudes incrédulas?

Mas no tiene la culpa nuestra juventud. La tienen los que están obligados a dar a las Instituciones el verdadero carácter latino.

Estas son las consecuencias derivadas de los contratos anuales efectuados en San Carlos con empresas extranjeras, llegando a ser San Carlos extranjero también para nuestro pueblo.....

La segunda Directiva después de la reedificación del Instituto, fué presidida por el Sr. Pedro Rueda, la cual hizo grandes reformas en el local destinado a teatro embelleciéndolo, administrando admirablemente.

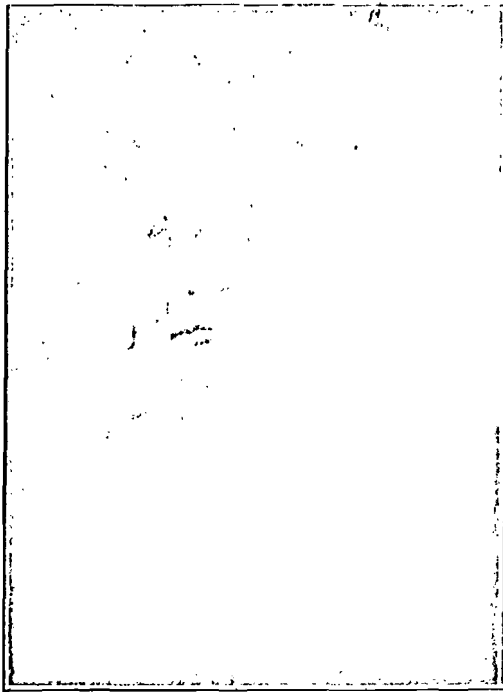
A esta Directiva sucedió la que presidía el Sr. Pedro Acevedo.

Esta Directiva trató de beneficiar a San Carlos, intentando la realización de grandes proyectos.

El Sr. Acevedo que se consagraba con verdadero cariño a la defensa de los intereses de San Carlos, fué entonces a Cuba y obtuvo que en las Cámaras cubanas fuese presentado un proyecto de ley, en virtud del cual se concedían \$30,000.00 para la reedificación del edificio de San Carlos.

Mas tarde, después de todo un vía crucis recorrido por el Sr. Acevedo, fracasó aquel proyecto de ley que hubiera sido salvador, como lo fué el Decreto por el que se ha ordenado la construcción del edificio que ahora posee el Instituto San Carlos de Cayo Hueso. Pero el Sr. Pedro Acevedo y la Directiva presidida por él, tienen la gloria indiscutiblemente de haber sido los primeros en recabar de los poderes públicos de Cuba, un crédito para terminar la vida precaria de San Carlos.

En las nuevas elecciones, salió electa la Directiva presidida por el Sr. Antonio la Fé. Esta Directiva tuvo que luchar con múltiples dificultades, quizás como ninguna otra. Tal parece que las autoridades del Cuerpo de Incendios se habían propuesto perjudicar a San Carlos, quien sabe con qué fin: San Carlos por ese entonces, contaba con la mejor instalación eléctrica, pues el instalarla había



SRA. MARÍA GUTSENS

Directora del Hospital Mercedes de Cayo Hueso.

Bondadosa siempre, consagra su vida a la Caridad y al amor al prójimo, y los viejos emigrados cubanos que, uno a uno, van terminando sus días en la Casa del Pobre encuentran siempre en la Sra. Gutsens, la voz amiga, el consuelo y la asistencia amorosa de una verdadera madre de los pobres.

La Sra. Gutsens es una benefactora de esta emigración, y en ella están vinculadas las virtudes de la mujer cubana.

costado \$800; pero vieron que echarla abajo por mandato del Jefe de Bomberos. Más tarde se le exigió a esa Directiva que hicieran otras reformas por orden del ingeniero de la ciudad, aduciendo que el edificio estaba en malas condiciones, cosa que no era cierto, pues el Ingeniero de la Estación Naval aseguraba que el edificio se encontraba en buenas condiciones.

Hechos los trabajos exigidos, ordenó de nuevo que se hiciesen otras reparaciones al edificio.

Todas estas conariedades y abusos fueron subsanados por la Directiva, haciendo tales sacrificios, teniendo que recurrir a varias personas para recoger la cantidad necesaria en clase de préstamo, yendo el Sr. Antonio la Fé a Cuba a recoger entre varias personalidades, la cantidad necesaria para cubrir dicho préstamo, entregando a la Directiva entrante San Carlos limpio de deudas y con trato de \$ 200 mensuales del Sr. Aurelio Torres empresario del Cinematógrafo.

Dedicaremos aquí un recuerdo al hombre noble y generoso que hizo revivir a San Carlos: a José González Mendoza.

Los pueblos! que irratos son! ¡Cuán lejos estaba González Mendoza, benefactor de la niñez cubana, sostenedor de sus escuelas, después de haber levantado a San Carlos de sus ruinas, de merecer la ingratitud de su pueblo ni siquiera fué llevado su cadáver a San Carlos, y sus funerales pasaron tan inadvertidos para esta colonia, que a no haber sido por las Sociedades a que pertenecía, hubiera sido acompañado solamente por unos cuantos amigos.

Pero de esto no hay que hablar, pues lo mismo sucede a todos los antiguos emigrados que van muriendo, como Regino Chile, José Acosta, Barbarito Merero y Francisco V. Acosta.

Este último murió en el Hospital Mercedes al cuidado y cariño de esa santa mujer, consuelo del desvalido, María Gutsens.

Los restos mortales de Francisco V. Acosta, fueron conducidos al cementerio en el carro que facilitó el Ayuntamiento: ni una sola persona los acompañó en su última morada.

A la Directiva presidida por el Sr. Antonio la Fé, sucedió la que presidió el Sr. José Manuel Renedo, compuesta por los Srs. Antonio Canalejo, Oscar Soho, Gabriel Gutiérrez, Helio Renedo, Julio López

Ramón Perdomo, Abelardo Castro, José Fernández, Domingo Ubieta José Medina, Enrique Esquinaldo, Ricardo Roche, José Montejo, Agapito Losa, Tomás Aguilar, Rogelio Gómez, Juan Pérez Rolo, Remigio López y Juan González.

Esta Directiva fué la que obtuvo el crédito para el nuevo edificio, que se levanta airoso y bello, en el mismo lugar donde San Carlos pasara tantas vicisitudes, tantas amarguras.

El iniciador de la idea de obtener un crédito del Gobierno de Cuba para la fabricación del nuevo edificio, lo fué el Sr. José Fernández activo Secretario durante la administración del Dr. José Manuel Renedo. Fernández presentó un proyecto de solicitud al Gobierno de Cuba, y la Directiva unánimemente lo aceptó. Se nombró una comisión para gestionar este asunto, recayendo el nombramiento en el Presidente Dr. José M. Renedo; el Sr. José Fernández, Secretario; el Sr. Ramón Perdomo, Administrador; y el Sr. Domingo Ubieta, Tesorero. Ellos, con infinidad de sacrificios, lograron que las Cámaras cubanas aprobasen un crédito de \$ 100.000.

El Sr. Benito Lagueruela fué ante la Cámara cubana, el adalid de la ley San Carlos. Justo es consignarlo. Otros cubanos de prestigio apoyaron asimismo el proyecto de ley; pero se haría interminable la relación de nombres; por eso los omitimos.

El 10 de Octubre de 1918, llegaron a Key West varios comisionados del Gobierno de Cuba, conduciendo una piedra y un tornillo del demolido Ingenio "La Demajagua", ubicado en el poblado de Yara y propiedad del egregio patricio Carlos Manuel de Céspedes.

A los dos años de haberse colocado dicha piedra, como primera del edificio de San Carlos, el Gobierno cubano no había aún ordenado el comienzo de las obras, entonces sobrevino la crisis económica en Cuba, la llamada "moratoria", y como apéndice un ciclón en el Cayo, dejó al edificio de San Carlos en tan malas condiciones, que las autoridades ordenaron su clausura.

En 1921 tomó posesión de la presidencia de Cuba el ilustre estadista Dr. Alfredo Zayas y Alfonso, amante de San Carlos y gran patriota. Al Dr. Zayas se debe el crédito de los \$200.00 mensuales con que se han venido sosteniendo los Colegios de San Carlos desde hace mucho tiempo. Nuestro malogrado Cónsul Antonio Díaz Carrasco,

en una ocasión en que pasara por el Cayo el Dr. Zayas, que era entonces Presidente del Senado cubano, le expuso las condiciones precarias de los colegios, y el Dr. Zayas tan pronto regresó a Cuba, apoyado por el Dr. Frías, Leader del Senado, logró que las escuelas cubanas del Cayo tuvieran una subvención de \$200,00 al mes.

Cuando el Dr. Zayas subió a la Presidencia, la ley San Carlos estaba "muerta"; pero no por eso la Directiva del Instituto perdió la esperanza de triunfar: mandó de nuevo sus comisionados ante el Gobierno de la República, los cuales fueron recibidos por el mismo Sr. Presidente, y tras otras mil gestiones, lograron que el Dr. Zayas firmase un Decreto autorizando la fabricación del edificio San Carlos, enviando el crédito correspondiente.



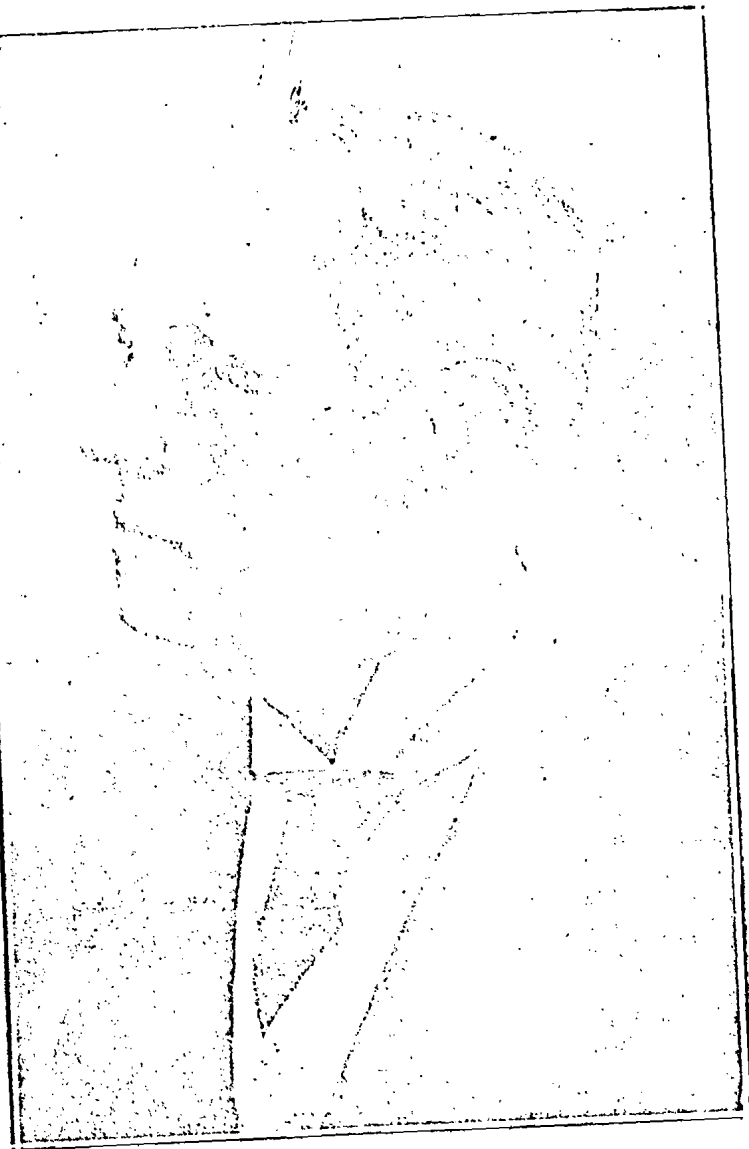
Como antes dije, ahora San Carlos es propiedad del Gobierno de Cuba, con derecho los cubanos del Cayo a usufructuarlo. El hermoso edificio que ha sustituido al pobre, pero histórico San Carlos, perpetuará en la Emigración, el nombre del Dr. Zayas y de cuantas personas han interpuesto sus buenos oficios, para que San Carlos de Cayo Hueso resucitase de entre sus ruinas.

Entre las personas que se han cesagrado por entero a la causa de San Carlos, cuando se ha tratado de obtener un crédito de los Poderes cubanos, y hasta que el nuevo edificio fué inaugurado, quiero citar en primer término al Sr. José Fernández, Secretario que fué de la Directiva presidida por el Dr. Renedo, el Presidente triunfador.

José Fernández fué el iniciador de la campaña pro-San Carlos, de casi todos los trabajos llevados a cabo hasta que su constancia y su labor inmensa, culminaron en la construcción del nuevo edificio.

No hacemos sino justicia, al dedicar estas líneas al hombre que pudiéramos decir que fué el alma mater de San Carlos en la época de su reciente construcción.

El Sr. Ramón Perdomo, Administrador de San Carlos en la misma época, fué el otro paladín, el que tantas veces supo llevar a Cuba la



DR. ALFREDO ZAYAS Y ALFONSO

por cuyas gestiones, siendo Presidente de la República de Cuba, ha sido construido el edificio de San Carlos.

voz de los emigrados, exponiendo allí, ante los más altos dignatarios de la República, el ansia y el fervor con que la emigración esperaba la construcción de nuestro Instituto Patriótico y Docente.

Fernández y Perdomo, en nombre de la Directiva toda, dirigidos por el Presidente Dr. Renedo, realizaron la serie infinita de gestiones, que han dado a Key West lo que reclamaba de Cuba.

El Dr. Renedo, haciendo los gastos de viaje por su propia cuenta cuántas veces estuvo en Cuba, haciendo valer su influencia grande por San Carlos y por esta Emigración!

Aún escribiendo un libro, sería difícil reseñar en él toda la labor de estos tres compatriotas que, secundados por la Directiva toda, han logrado el triunfo definitivo para la Casa cubana de la Emigración.

También el Dr. Antonio Covas Guerrero ha sido un ferviente defensor de San Carlos, estableciendo por medio de la prensa de Cuba una verdadera campaña en pro del "Solar Vacío", como él le llamaba. Amante de todo lo que enaltee a Cuba, vino aquí como "Mensajero del Honor Cubano" y desde aquí también sostuvo aquella misma campaña fervorosa. Por eso su corazón de cubano bueno y honrado, y de escritor profundo, sintió la alegría de los emigrados del Cayo cuando éstos vieron realizada la obra grande que significa el haber levantado a San Carlos de entre sus propios escombros.

Otro fervoroso defensor de San Carlos, español, como Mariano Balaguer, César Catalá y tantos otros que se han identificado con la colonia cubana del Cayo, lo fué el Sr. Feliciano Castro, luchador constante por las causas buenas.

En "Florida", semanario local cubano, de que era Director, y en distintos diarios de la Habana, sobre todo en "La Prensa" de que fué Corresponsal, libró valientes campañas por San Carlos y su construcción, quizás como nadie lo ha hecho, con tanto fervor y entusiasmo.

Feliciano Castro es un hombre todo corazón, sin importarle jamás el sacrificio personal, con tal de hacer el bien a sus semejantes. Por eso no puedo dejar de dedicarle estas líneas, aunque sea tan sólo como reconocimiento a su labor por San Carlos y en beneficio de este pueblo, donde es querido y respetado.

Actualmente es Vicecónsul de España en Cayo Hueso, cargo a que lo elevó el gobierno de su país, haciendo justicia a sus méritos personales.

Castro no sólo honra a su patria, sino también a la colectividad donde reside.

La breve reseña que acabo de hacer, con seguridad muy defectuosa, sino tanto en la parte histórica como en la literaria, me obliga a pedir a mis lectores el favor de que me disculpen las omisiones de algunos hechos que yo no haya recordado. Este libro, como su título indica, contiene tan sólo mis recuerdos, que he querido revivir en el alma de los pocos viejecitos supervivientes de aquella época, ofreciendo a la vez a nuestros hijos, un motivo para que conozcan el pasado glorioso de esta emigración.

Sé que no han de faltar críticos entre los que desconocen los hechos relatados, y lo mismo entre los literatos; pero no hice más que concretarme a trasladar al papel pedazos de la vida de la emigración cubana, desde mi llegada al Cayo en 1869. Aún veo cruzar ante mi vista, como una cinta cinematográfica, los recuerdos dichosos de mi niñez, recuerdos que irán conmigo hasta la tumba.

El Sr. Carlos Ayala, más autorizado que yo para ello, puede escribir una historia completa de la emigración cubana del Cayo. Él ha sido testigo de cuantos hechos dejo señalados.

Al escribir estos recuerdos, me he extendido haciendo historia sobre San Carlos y las mil vicisitudes por que ha pasado desde su fundación, estando muchas veces a punto de desaparecer por falta de recursos y por la apatía de los cubanos de Key West, lo hice así porque San Carlos ha sido siempre algo así como el Centro alrededor del cual actuaba la emigración cubana.

El Sr. Crescencio Cabrera, puede dar fe, como yo, de cuanto he relatado acerca de San Carlos. El Sr. Cabrera conoce perfectamente la vida de la Casa Cubana, al extremo de que ha sido Conserje de ella, desempeñando el cargo gratuitamente, porque no había fondos con que pagarle.

Hubo un tiempo en que era tanta la indiferencia, que una vez, al celebrarse las elecciones de Directivos, Martín Herrera y Felino Rizo se pusieron en la puerta de San Carlos y tuvieron que ir llamando a los cubanos que pasaban para que votasen, entrando a votar solamente quince.

Cada vez que la Casa Cubana fué levantada un poco por cubanos que la querían, entonces surgían las disputas por su dirección, se hacía alarde de un sentimiento que nunca había existido, en aquellos que solo buscaban figurar en la dirección de San Carlos.

¿Qué hubiese sido de San Carlos, si Martín Herrera no hubiese venido al Cayo a salvarlo? Martín hizo que José González Mendoza lo levantase de sus ruínas y Martín fué quien lo levantó después de su destrucción por el fuego grande de 1886.

Más tarde, qué sería de San Carlos, si no fuese por la Directiva presidida por el Dr. Renedo, en el seno de la cual había dos hombres entusiastas y decididos, secundados por todos los demás, que han ido hasta Cuba y allí encontraron la medicina salvadora?

José Fernández y Ramón Perdomo, ya lo digo antes, fueron los principales factores del triunfo de San Carlos.

Ya San Carlos, como antes he dicho, no es el mendigo de antaño, sus escuelas están subvencionadas por el Gobierno de Cuba con la suma de \$200.00 mensuales, cantidad que sirve para pagar el profesorado y el Conserje, quedando un corto remanente que sirve para algunos gastos de las escuelas.

Al cerrar estas líneas, no puedo por menos que dedicar un recuerdo a este hospitalario pueblo, reliquia sagrada, baluarte de nuestras revoluciones por la independencia. Aquí hallamos los emigrados un pueblo hermano que nos brindó protección y cariño; aquí hemos recibido la educación del verdadero ciudadano, amante de la justicia, del derecho y el respeto a las leyes.

Cayo Hueso: tú serás inmortal en las páginas de la historia de Cuba!

Cuando, por efecto de las transformaciones de los pueblos, desaparezca la colonia cubana de este pedazo de tierra, cada vez que un cubano pase por este hospitalario Peñón, tiene que recordar que Cayo Hueso fué cuna de libertad, altar de sacrificio y lábaro bendito de redención para Cuba.

Cayo Hueso tuvo y tiene alma cubana, y no será posible jamás recordarlo sin recordar a Cuba con su belleza prodigiosa, con el susurro de sus palmares y el cántico melodioso de sus arroyos...

Cayo Hueso fué un gigante de libertad. Fué, como dijo Máximo Gómez, el monte alto donde descansó el Arca, después del diluvio.

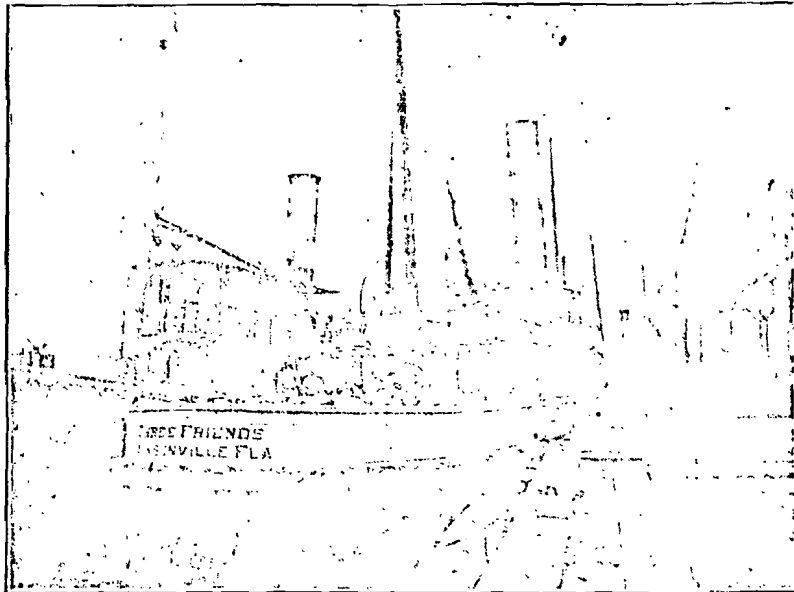
EL DAUNTLES

El 13 de Agosto de 1896 arribó a las costas cubanas este buque, en Nuevas Grandes, Camagüey, con una expedición al mando del General Rafael Cabrera.

Iban en ella: Demetrio Castillo Duanes, Emilio Nuñez, Justo Carrillo, Capitán O'Ryan, Charles Silva, Juan Carbonell, Abelardo Nuñez, Francisco González Marín, Orfilio Lombard, José Andrew, y los prácticos, Don Ambrosio y Estévez.

Esta expedición llevaba 500,000 tiros, 1,300 remingtons, dos cañones con los que se tomó a Victoria de las Tunas, dos imprentas de campaña, un cañón neumático, y bombas de dinamita.

Esta expedición fué recibida por el General Capote.



EL THREE FRIENDS

Conductor de un grupo expedicionario al mando del General Demetrio Castillo Duanes, siendo jefe de la expedición Juan Ruiz Rivera.

Iban los siguientes: Emilio Nuñez, Comandante José Martí (alias El Inglesito), Capitán Donato Soto, José R. Villalón, Panchito Gómez Toro, Capitán César Salas, Manuel Delgado, Panchito Morales, J. M. García Cuervo, Constantino Wits (ruso) y F. Fernández, componiéndose esta expedición de 35 números.

Llevaba un cargamento de un millón de tiros, cuarenta cajas de dinamita, 700 machetes, 1,800 rifles, y un cañón neumático, desembarcando esta expedición por el Cabo de San Antonio en la ensenada de María la Gorda. Fué recibida por Antonio Maceo.

FEB 05 10

11:6154272